

ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

peter kapra

ESPÍAS SIDERALES

Rafael Griera

PETER KAPRA

Espías siderales

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Depósito Legal: B. 24.047 – 69

Printed in Spain *Impreso en España*
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPITULO PRIMERO

La oficina del organismo secreto más extraordinario del Sistema Político Solar estaba dirigida por un hombre que se hacía llamar Enrique Lehmar y era, posiblemente, el individuo con mayor influencia entre los sesenta mil millones de seres humanos que poblaban el Universo.

En el año 2740, un cargo como el del general Lehmar, aunque desconocido entre la gran masa técnica, significaba un poder casi absoluto. Los agentes de la Oficina Extragaláctica («O.E.») sabían perfectamente cuál era el poder de Lehmar.

Y Carlos Javier Martin, agente de la «O.E.» lo sabía también cuando conducía su nave hacia la oficina orbital, cuya situación le había sido dada aquella misma mañana, junto con la orden de presentarse a las doce en punto en el despacho del General Lehmar.

La orden significaba un servicio inmediato. Carlos Javier lo sabía y todas las células de su bien proporcionado cuerpo moreno parecían excitarse con la proximidad del peligro.

Martin era un aventurero cerebral. Existían muy pocos seres como él. El peligro y la aventura eran el móvil de su existencia. Sin riesgo no sabía vivir. Ya en el Centro Educativo de Villalba, Carlos Javier Martin había dado un elevado coeficiente de sentido de improvisación, adaptabilidad e inteligencia.

Un individuo joven, valiente, seguro de sí mismo y técnicamente preparado por los instructores privados de la «O.E.», con lo que el resultado humano era sorprendente.

Carlos Javier ignoraba cuál había de ser su misión cuando conectó los controles magnéticos de su nave al sistema de atracción de la «esfera» en órbita. Ya no debía hacer nada más. Los técnicos de la oficina de Lehmar se cuidarían de «captarlo» y hacerle entrar en una de las toberas de admisión.

Así fue. Sin vibraciones, suavemente, como si no se moviera, la nave particular de Martin penetró en su tubo de satelizaje. Un técnico, ataviado con el buzo negro del personal auxiliar, le abrió la compuerta, saludándole :

—Buenos días, capitán Martin. No esperaba verle tan pronto por aquí. ¿Qué tal por Madrid?

—Buenos días, Grael. Magnífico... Aquello es la antesala del cielo, en el sentido espiritual más amplio. España entera es un jardín de ensueño.

—Cuando todos quieren vivir allí, por algo será.

Grael acompañó a Carlos Javier hasta un ascensor magnético.

—La secretaria del general me ha comunicado que vaya usted directamente a la oficina del jefe.

—Gracias, Grael. ¿A qué otro sitio puedo ir?

El magnetismo actuó. Carlos Javier vio esfumarse a Grael y aparecer ante sí una amplia y bien iluminada sala, al fondo de la cual había una mesa.

Detrás de ésta se sentaba una singular muchacha, de ojos rasgados, azules, boca fascinante y busto llamativo.

La pista del suelo llevó a Carlos Javier hasta la mesa. La chica le envolvió con una hechicera sonrisa.

—Hola, Carlos «Jota».

—Hola, Venus. ¿Qué ocurre?

Ella se encogió de hombros, sin dejar de sonreír.

—El jefe lo sabrá. Baja.

Al decir esto, la muchacha presionó un pulsador del tablero que tenía a su derecha. El suelo pareció abrirse bajo los pies de Carlos Javier. Sin sensación de caída, por obra y gracia del magnetismo antigravitacional, el agente secreto se encontró en otro amplio despacho, ante otra mesa, tan desprovista de documentos como la anterior, y tras la que estaba sentado mi hombre con una «chaqueta» azul.

El atuendo del General Enrique Lehmar, al igual que el de Carlos Javier, era desconcertante. Sobre una especie de ajustada cota de malla, tiras metálicas azules formaban rombos simétricos e iguales, para terminar en un cinto elástico, donde estaban los controles electrónicos personales.

El General Enrique Lehmar aparentaba unos sesenta años, tenía el cabello enteramente blanco, pero sus facciones eran tersas, sus ojos oscuros y penetrantes y sus labios finos.

Sonrió al alzar la mano para saludar a su visitante.

En el mismo instante, dos personas más parecieron materializarse a derecha e izquierda de Carlos Javier, quien se volvió, a ambos lados, no pudiendo ocultar su admiración ante la fémina que vio a su derecha.

Si la secretaria de Enrique Lehmar era una escultura de carne y hueso, la joven que resultó llamarse Helly Saund era una superescultura. Tanto en forma como en belleza, Carlos Javier jamás había visto nada igual. Su cabello castaño, corto, escalonado a la empírica moda, le daba un aire arrogante a su bien modelada cabeza, de orejas pequeñas.

Su nariz era ligeramente respingona, arrogante o desafiante. Y su boca más parecía hecha para besar que para hablar o ingerir píldoras alimenticias. Era bellísima.

Llevaba un ajustado «maillot» verde, breve cinto de controles personales y un busto erguido.

Ella también miró a Carlos Javier y sonrió con exótica gracia. Sus dientes, reformados por el odontólogo, eran perfectos, blancos, maravillosos, como perlas alineadas.

Sin embargo, el otro individuo, de frente abultada y ojos hundidos, situado a la izquierda del español, era un grotesco oriental, de ojos ligeramente oblicuos y pequeños, que vestía con poca gracia, quizás debido a su figura poco favorecida.

Sus manos eran finas, como ortopédicas. Quizás había sufrido alguna operación traumática. Movía, empero, los dedos con facilidad. Carlos Javier

supo pronto que era el coronel Yok Tankse, una eminencia de la «O.E.», y pese a su aspecto anónimo y poco atrayente, poseía un cerebro extraordinario.

— Carlos Javier Martín, capitán —dijo el general Lehmar—. Helly Saund, teniente, y Yok Tankse, coronel. Siéntense, amigos míos.

Respaldos anatómicos «se materializaron» detrás de los tres visitantes. Al sentarse, Carlos Javier no pudo por menos que dirigir una nueva mirada admirativa y de soslayo a la mujer con quien, sin duda, iba a compartir su próxima aventura. El ya tenía cierta experiencia de las llamadas del general Lehmar.

El menos interesado, empero, parecía ser el coronel Tankse, que se reclinó en su asiento, cruzando las piernas.

—Ha durado poco mi descanso, general Lehmar —dijo el oriental, con voz suave—. No había hecho más que volver de Klo...

—Lo siento, Yok. La misión que voy a encomendarte ahora puede significar tu ascenso a general. Incluso puede que ocupes mi puesto.

La expresión de Yok Tankse no se alteró. Sonrió ligeramente y se volvió a Carlos Javier.

—Misión de tres, misión importante. ¿Mucha práctica en servicios extragalácticos, capitán?

—Luego podréis ver vuestros respectivos expedientes, Yok —atajó Lehmar, secamente, a la vez que presionaba un pulsador de su tablero de trabajo.

—Mirad a la pantalla... ¿Me permite tutearla, señorita Saund?

—Es un honor, señor.

—Gracias.

Helly tenía una voz sumamente grata. No podía ser de otra manera. Era evidente también que Lehmar era la primera vez que la trataba.

—Bien... Esa mancha globular es Andiomea-63. Es decir, sesenta y tres millones de mundos habitados por «altanos».

Absorto como estaba en la pantalla situada a la derecha de la mesa de Enrique Lehmar, Carlos Javier no pudo observar una crispación en las orientales facciones del coronel Yok. Sin embargo, su cerebro captó la onda de inquietud mental que pareció sacudir al otro.

Se volvió raudo a mirarle. Yok no expresaba nada en sus facciones. Su cara parecía una máscara.

—Entiendo, general Lehmar. Tarde o temprano tenía que llegar. ¿No es así?

—Así es, en efecto, Yok —replicó Lehmar—. La Junta ha ordenado la investigación. El expediente que presentaste ha sido aprobado. Los «altanos» pueden llegar a ser un peligro para nosotros dentro de algunos milenios y es preciso conocerlos mejor para buscar el modo de combatirlos.

—¿Quiénes son los «altanos»? —preguntó Helly.

Lehmar, en vez de responder, presionó otro pulsador. La mancha globular de la pantalla desapareció, surgiendo en su lugar una figura androide, de

cabeza esferoide, tronco antropomorfo, brazos y extremidades, como un ser humano algo extraño, pero no insólito. Su pigmentación, empero, era cobriza. Poseía ojos, boca y fosas nasales, pero carecía de orejas.

—Ahí tiene usted su respuesta... Perdón, Helly. Esa es tu respuesta —rectificó el general Lehmar, que era hombre extremadamente educado.

Helly sonrió y se concentró en la imagen de la pantalla. El coronel Yok, empero, no pareció prestar la menor atención.

—¿Hemos de ir a Altan, Lehmar?

—Sí. Los tres. Emplearéis un teletransportador «Vick-ZR-9».

Ahora sonrió Helly.

—Estoy especializada en ellos —dijo.

—Exactamente. Y llevaréis uno consigo. Tú lo manejarás, Helly. Para eso has sido elegida. Es importante que alguno de vosotros pueda regresar con la información.

—¿Puede ampliarme detalles? —preguntó Carlos Javier.

—Con mucho gusto —contestó Enrique Lehmar—.

Aunque, mejor que nadie, el coronel Yok os hablará de Altan y sus habitantes antes de la partida.

»Se trata de una sociedad híbrida sumamente tecnificada, a la que no podemos llamar humanidad, porque su origen es biosintético. Posiblemente, en su principio, los «altanos» fuesen como nosotros. Y hasta cabe la posibilidad que su primera célula genética fuese análoga a la nuestra. El origen común de las razas ya no se discute, aunque no esté demostrado. Es demasiada la semejanza.

«Ahora bien, desde que los primates «altanos» se convirtieron en «hornos sapiens», rechazaron el sexo. Debió ser una evolución lenta y progresiva o un hito histórico. El resultado es el que ahora conocemos, y que nos ha sido descrito por el individuo que encontró Yok en Klomo, completamente extenuado, porque su nave individual había sufrido una avería que hasta ahora no hemos podido clasificar.

»La técnica de los «altanos» es muy extraña para nosotros. Según parece, su energía motriz la extraen de la principal materia del universo, como es el hidrógeno. Esos individuos accionan sus máquinas con motores de hidrógeno. Quizás tardemos siglos en averiguar cómo funcionan esos motores. Nadie sabe cómo o por qué el hidrógeno mueve la fuerza de las máquinas de los «altanos». Vosotros tenéis que averiguar eso y muchas cesas más.

»El coronel Yok Tankse detectó hace unos años una extraña nave. Los astrónomos creyeron que se trataba de un meteoro que circunvalaba Klomo. Los sabios de aquel mundo negaron la existencia de meteoros. Observado de cerca, era un amasijo informe de metal, que parecía haber cruzado una «tempestad sideral», fundiéndose hasta el núcleo.

»Fue captado, desacelerado y conducido a Klomo, donde se le estudió.

— Exacto —asintió el coronel Tankse—. Y lo hubiesen clasificado como piedra metálica sideral, de origen desconocido. Un científico solar, del equipo

enviado a colaborar con los «klomos», tuvo el presentimiento de que pudiera tratarse de una nave espía, procedente de otra galaxia.

»A tal fin, efectuó un sondeo por radioscopio ultra-magnético. Y el resultado fue el hallazgo de un individuo alojado dentro del «meteoro». Fue entonces cuando avisaron a la «O.E.» y acudí yo. Tropezamos con numerosas dificultades. Si fundíamos la corteza de la nave, nuestro individuo desaparecería con el calor. Carecíamos de herramientas para cortar aquel duro metal, cuya aleación todavía no se conoce, pero cuya dureza es superior al diamante.

»Los sondeos de «láser» debían ser tangenciales. Si dirigíamos la corriente hacia el núcleo, podíamos dañar al individuo descubierto por el radioscopio. Ya entonces nos dimos cuenta de que su morfología era similar a la nuestra. Pudimos obtener, incluso, cardiogramas y encefalogramas. Apreciamos que se trataba de un individuo de sangre caliente y de una estatura análoga a la nuestra. Y hasta llegamos a pensar en que podía tratarse de un semejante nuestro.

«Alguien sugirió «descortezar» el meteoro, deduciendo que podía ser una astronave esférica, recubierta de placas fundidas o bien por los mismos constructores, o por lo que se creyó al principio, a consecuencias de una tormenta sideral muy fuerte.

»Se probó un vibrador potencial y, en efecto, las placas deformes fueron desprendiéndose uña a una, hasta quedar la nave propiamente dicha, esférica, provista de toberas de reacción giratoria.

«Era una nave. Poseía una compuerta, que el vibrador logró abrir. Y, dentro, reclinado en su asiento, estaba el «altano» en un estado de hibernación provocado. Resulta que cuando esos seres se ven en peligro, se hibernizan, insensibilizándose. Su cerebro se adormece, pero su corazón sigue latiendo débilmente, regulado por una fuerza vital que emana de su cerebro, y que les mantiene vivos incluso en atmósferas totalmente enrarecidas.

»Vimos también sus famosas «costuras», como si fuese un robot de carne.

—¿No dijiste que eran híbridos? —preguntó Helly, incrédula.

—Por decir que sólo poseen un sexo. Pero los «altanos» se crean ellos mismos, carecen de infancia y nacen o se hacen ya adultos.

—¡Increíble! —exclamó Carlos Javier.

* * *

El «Archivo» de la oficina orbital del «O.E.» estaba situado en una cámara enteramente aislada del resto del satélite habitado como agencia del servicio de información extragaláctico controlado por la Junta del Sistema Político Solar.

No se podía entrar en él más que pasando a través de una compuerta doble, ser sometido a control de identificación personal, y luego registrado con espectroscopios de rayos «roentgen», gracias a los cuales, Carlos Javier Martín pudo observar el precioso esqueleto de Helly Saund.

Habían entrado al archivo para documentarse perfectamente de los datos obtenidos por numerosos grupos de científicos que trabajaron con el «espécimen altano». El «archivo» tenía datos que ni siquiera Yok Tankse conocía.

Para obtener la información, los tres agentes se sometieron a tratamiento síquico. Cascos provistos de transmisores catódicos les fueron colocados en las cabezas. Zumbaron los alambres de las computadoras, giraron las bobinas de almacenamiento y toda la información pasó a la memoria de los tres agentes en menos de diez minutos.

Después, Carlos Javier Martín, Yok Tankse y Helly Saund, se reunieron en una fresca salita climatizada, tomaron varias píldoras alimenticias que paladearon lentamente y bebieron los ponches que vivificaban sus organismos, tanto en calor como en frío, para estimular el organismo.

Estaban reclinados en sus asientos extensibles. Los datos transmitidos por las máquinas del «Archivo» estaban frescos en sus mentes.

¡Y lo que hablaban no podía ser escuchado por nadie, a excepción de ellos, debido a la insonorización magnética de la estancia!

—¿En qué estriba la importancia de esta misión? —preguntó Carlos Javier, mirando al coronel Tankse—. Con los datos que poseo, deduzco que los «altanos» pertenecen a una raza excepcional y peligrosa para nosotros.

—Todo lo que no sea humano hemos de considerarlo enemigo nuestro, hasta que no se demuestre lo contrario. Y 63 millones de mundos habitados arrojan un cálculo de muchos millones de presuntos enemigos nuestros.

—Altan no es un planeta, sino una federación de planetas —añadió Helly —. A diez mil individuos por planeta, únicamente...

Yok Tankse atajó a Kelly.

—El dato que nos facilitó el «altano» en Klomo es de diez mil habitantes por planeta, sí. Pero no quiere decir que sea cierto. Yo siempre he dudado de la veracidad de esa información.

—¿No se escudriñó su mente? —preguntó Carlos Javier.

—¿Y no podía estar condicionada? —replicó Tankse—. Oídme. Si yo quisiera enviar un agente a Altan, desalojaría su cerebro o lo condicionaría para que pudiera ver, oír y tocar, no pudiendo decir nada, en caso de ser capturado.

—Es lógico —admitió Kelly Saund —, en el caso de ser enviado a espiar.

—Para nosotros, cualquier alienígena debe ser considerado un espía. Es lo lógico. Primero se estudia al presunto enemigo, luego se le ataca o se le atrae. Eso ya es cuestión del Sistema Político. Nuestro deber es informar con veracidad y acierto. De nuestros informes ha de decidir la Junta.

—Exacto —reconoció Carlos Javier, sonriendo a Yok—. Yo, por lo tanto, emplearía la invisibilidad. Si no nos ven, no nos pueden capturar.

—Pero nos pueden detectar. Una sociedad técnica adelantada, ha de poseer medios de detección también adelantados.

—Cierto. No creo, Sin embargo, que conozcan nuestros medios de

teleportación —observó Helly—. El «Vick-ZR-9» desmaterializa y transporta a distancias enormes a velocidades hiperlumínicas.

—¿Cómo es posible? —preguntó Carlos Javier.

—Se basa en la aceleración múltiple de los fotones luminosos. La luz puede acelerar su velocidad a órdenes de mil, elevado a ene. Sólo se necesita un acelerador múltiple, que va acoplado al mismo teletransportador.

—¿Es un armatoste muy grande?

—Del tamaño de una nave individual. El individuo permanece sentado en una butaca, mientras dura la teleportación.

—¿Y cómo vas a realizar la teleportación del teletransportador?— preguntó Carlos Javier.

—Eso se realizará en Peoría. Allí está el Centro de Investigaciones de T. P.

—Bien, coordinemos —propuso Yok—. Tú irás a Peoría y cuidarás de enviar a la coordenada 22 A de Altan, el teletransportador que utilizaremos para regresar. Eso debes realizarlo hoy mismo. Mañana, a las 00,12, emprenderemos viaje juntos y nos materializaremos en forma invisible en la misma coordenada. Toda la operación de traslado ha de ser simultánea, puesto que ignoramos lo que vamos a encontrar en ese junto hipotético.

—¿Y no sería mejor llegar allá uno tras otro? —preguntó Carlos Javier—. Juntos podemos caer en poder de los «altanos». Por separado, puede caer uno. Dudo que nos descubran a los tres, si tenemos el cuidado de llegar .a tres puntos distintos.

—Eso tiene un inconveniente —argumentó Yok Tankse—. Podemos encontrar dificultades en reunimos. Ni siquiera sabemos como está organizado su sistema de vigilancia. Yo jamás he cometido un error trabajando solo. Acompañado de vosotros tampoco lo pienso cometer. En terreno enemigo, los agentes a mis órdenes actúan del mismo modo que yo.

Tankse quería dejar bien sentado que él, como coronel, dirigía la operación. Y sólo en caso de captura o muerte, el inmediatamente inferior tomaría el mando y la responsabilidad. Carlos Javier no tenía nada que objetar a esto.

Sin embargo, una hora después, le llamó por visó-fono privado el general Lehmar. Carlos Javier penetró en una cabina aislada y respondió a la llamada.

—Le escucho, señor.

—Óyeme bien, Martin —dijo Lehmar, con acento confidencial—. Debo decirte que esta oficina mantiene una discreta reserva respecto al coronel Yok Tankse. Quiero decirte que existen dudas sobre su lealtad. Puede que alguien le esté controlando a distancia o, voluntariamente, actúa al servicio de otra raza.

»Te ordeno vigilarle con cuidado. No des a entender que desconfiamos de él. Pero cuando tengas la certeza de que nuestras sospechas son ciertas, debes aniquilarle con una descarga iónica.

Carlos Javier palideció, mirando al rostro que aparecía en la pantalla

visora.

—General, es una orden muy confusa. ¿No hay pruebas?

—No. La «Operación Altan» se lleva a cabo por instigación del coronel Yok. Me consta que ha presionado a ciertos consejeros de la Junta Política. Su interés ha despertado sospechas. Quizás no haya nada, pero esta misión estará llena de peligros para todos. No habrán contactos hasta vuestro regreso.

—¿Y la teniente Saund? —preguntó Carlos Javier—. ¿Por qué la llevamos? No es misión para un agente novato.

—Me ha sido impuesta, Martín. Su padre es un alto funcionario oficial. Ella se escuda en el seudónimo, como habrás deducido. La joven es bella y ambiciosa y tiene prisa por llegar arriba. No le importa correr riesgos. Como verás por su expediente, está bien preparada. Ayúdala todo lo que puedas, Martín...

CAPITULO II

Carlos Javier podía captar la presencia de Helly y de Yak a su lado. Pero no podía verlos.

Al empujar la puerta, también invisible, del teletransportador, y abrirla, se encontró en un curioso mundo de color rojo claro, especie de indefinido rosa. El firmamento, en cambio, era anaranjado. Descubrió un enorme sol, diez veces mayor que el nuestro, rojo intenso, que era el foco de la coloración del planeta en que se hallaban.

Saltó sobre la arcilla rojiza. Se trataba de un terreno ligeramente esponjoso y liso. En todo lo que abarcaba la vista no se veía edificio, árbol, ni siquiera ser alguno. Todo estaba desierto. Y, sin embargo, una leve vibración parecía trasmitirse a sus pies a través del suelo.

—Deben poseer poblaciones subterráneas —dijo Carlos Javier, en voz baja, volviéndose.

Sintió a Helly saltar a su lado. Incluso vio las huellas de los pies de ella hundirse en la tierra blanda. Yok Tankse también descendió del aparato invisible.

— Esperaba algo de esto. Recuerdo que la información decía algo sobre mundos aparentemente deshabitados. Hay que buscar el modo de penetrar en sus poblaciones.

—¿Y dónde están? —preguntó Helly—. Esto me parece un planeta sumamente grande. Y si sólo está habitado por diez mil individuos...

Junto a Carlos Javier, unas invisibles manos escarbaron la tierra, que parecía serrín rojo. Lo levantaban con facilidad, echándolo a un lado.

—Este polvo no es fruto de ninguna erosión. Aquí no hay vientos, ni agentes meteorológicos que modifiquen la configuración del suelo —habló Tankse, que era quien levantaba la «tierra».

—Propongo que nos separemos y efectuemos un reconocimiento —propuso Carlos Javier—. Podemos establecer contacto por infraonda. No creo que los «altanos» puedan detectarla. En todo caso, la exploración no debe durar más de dos o tres horas. ¿Qué te parece, Yok?

—Correcto. Si no logramos establecer contacto, regresaremos aquí dentro de cuatro horas. Dos de ida y dos de regreso. Pero la teniente Saund se quedará .aquí, vigilando el único medio que tenemos para regresar a La Tierra.

—De acuerdo —aceptó Carlos Javier, orientándose mentalmente para adivinar dónde se encontraba Helly. La localizó y buscó su mano enguantada —. Cuídanos el «Vick», Helly.

—No me separaré de aquí. Si ocurriera algún peligro, me refugiaría en la cabina.

—Las huellas dejadas sobre el terreno nos permitirán regresar. Pero a la

vuelta las habremos de borrar con el rociador de aire —dijo Yok, que no pasaba nada por alto.

Carlos Javier sonrió para sus adentres.

—¿Qué dirección tomo, coronel?

—Ve hacia el norte. Yo iré hacia el sur.

—De acuerdo. Adiós, Helly.

—Adiós, Carlos Javier... Suerte, Yok.

El joven oficial español se puso en marcha. Caminaba con facilidad, pese a que sus pies se hundían unos centímetros en la tierra blanda. Lo singular fue, poco después, al volverse, ¡y ver que a unos diez metros sus pasos se habían borrado en el suelo rojizo!

Inmediatamente, presionó el pulsador de radio que llevaba al cinto. Seleccionó la infraonda de llamada y habló directamente al micro que llevaba en la muñeca.

—¿Coronel Tankse, me oyes?

Hubo de repetir la llamada un par de veces. Al fin, la voz de Yok llegó a sus oídos, a través de los minúsculos auriculares de su casco.

—Te oigo, Martín. ¿Qué sucede?

—Se borran las huellas.

—Lo he observado. No era necesario llamar para eso. Pon en marcha tu orientador magnético. Eso es elemental, no habiendo puntos fijos de referencia.

—Es obvio. Te lo comunico por si no lo habías observado, Yok —se disculpó Carlos Javier.

—Lo he observado. Esta tierra es una capa de espongiorio o gérmenes blandos, que se aplastan a nuestro paso. Luego se recobran y todo vuelve a quedar igual. Quizás se reproduzcan entre sí y vayan formando el suelo. Sospecho que el temblor que percibimos es debido a su desarrollo. Existen millones por centímetro cuadrado.

Carlos Javier se agachó y tomó orna muestra de aquel «polvo» viviente. Extrajo un microscopio eléctrico, de lentes biflexoras, que llevaba en uno de los bolsillos de su «equipo» y examinó la muestra. Inmediatamente pudo comprobar que se trataba de algo así como una diminuta esponja, llena de celdillas, y en muchas de ellas habían unos óvulos que apenas podían ser vistos con un aumento de diez mil veces su tamaño, medida a la que había ajustado el microscopio.

Ya no informó a Yok. No quería hacer el ridículo. El otro era coronel y llevaba mucho más tiempo que él en la «O.E.» del general Lehmar. Además, la respuesta a la primera llamada de Carlos Javier había sido insolente.

Reanudó, pues, el español su camino, guiado ahora por el orientador que consultaba frecuentemente con destellos de luz «visible». La pequeña aguja señalaba el número 80. Al regreso debía marcar el diez, por tratarse de una tabla sexagesimal inversa.

Continuó andando durante media hora. De repente, el vibrador auricular

zumbó. Alguien le estaba llamando por infraonda. Conectó la palanca de radio y oyó la voz de Helly Saund, diciendo, en tono de alarma:

—¿Oís? ¡Por favor, escuchadme! ¡Están rodeándome! ¡Han salido del suelo y son varios cientos! ¡Se acercan a mí, en semicírculo!

—¿Qué ocurre, Helly? —preguntó Carlos Javier, alarmado.

—¡Son «altanos» y parecen ir desnudos de la cabeza a los pies! ¡Son cobrizos y carecen de órganos reproductores! ¡No pueden verme, pero se acercan, estrechando su círculo, como si me vieran!

Carlos Javier comprendió pocos minutos después lo que Helly Saund quería decirle, al ver removerse el «polvo viviente» del suelo y aparecer unos cuerpos de cabeza esférica, semejante al que había visto en la pantalla del despacho del general Lehmar.

—¡Voy en tu ayuda, Helly! ¡Enciérrate en la cabina del «Vick»!

—¡Yok no responde!

—No te preocupes por él. Regreso hacia ti.

Al dar media vuelta y echar a correr, Carlos Javier se encontró con el círculo de «altanos». Los vio surgir del suelo, removiendo la «tierra» roja. Sus hombres surgieron después, como si hubiesen estado enterrados. Apoyaron sus manos con la palma hacia abajo y se impulsaron. Luego, se pusieron de pie.

Al volverse, en círculo, Carlos Javier vio más de mil. Y él era el centro del círculo. Por esto se detuvo. Era invisible, no podía ser visto. Pero los «altanos» le cerraban el paso por todas partes, estrechando el círculo... ¡Eso sólo significaba que le veían o que sabían que estaba allí!

Le extrañó no ver armas de ninguna clase en sus manos. Sus cuerpos lisos y rojizos estaban enteramente desnudos. Eran esbeltos, bien proporcionados, pero extraños. No parecían tener poros en la piel y se adivinaba perfectamente la línea, algo más oscura, de sus «costuras», tanto en los hombros, como en los pectorales y las ingles.

De brazos y piernas articulados, como los humanos, carecían de musculatura. Pero se movían con soltura, moviendo las piernas rítmicamente, todos al unísono, como si obedecieran el mandato de un cerebro común.

Carlos Javier vio estrecharse el círculo. Estaban ya a menos de cincuenta metros de él y continuaban avanzando desde todas partes.

Conectó rápidamente la radio de infraonda y llamó a Yok Tankse, pero no obtuvo respuesta. Al conectar con Helly percibió inmediatamente sus gritos de auxilio.

—¡Han levantado el teletransportador y lo llevan entre todos! ¡Oigo sus puños golpear contra las planchas exteriores! ¡Los veo a través del televisor telescópico!

—¿Hacia dónde te llevan, Helly?

—Hacia donde se fue Tankse. Deben tener una fuerza descomunal. Entre unos veinte llevan el «Vick» sobre sus cabezas. Los otros nos rodean, con los brazos en alto... ¡Y no pueden verme!

—Eso es lo que creemos. Nosotros, desde luego, no nos vemos. Pero ellos deben poseer un sentido especial que les permite vernos.

—¿Por qué no contesta Tankse?

—Lo ignoro.

—¿Les disparo con el difusor de vibración a ver lo que ocurre?

Carlos Javier ya había pensado emplear sus armas. Estaba seguro de abatir a muchos antes de ser capturado. Con el arma vibrando en círculo, los «altanos» caerían como moscas. Sin embargo, ni lo hizo, ni autorizó a Helly a que lo hiciera. No podría reportarles ningún beneficio. Ellos eran agentes llegados de otra Galaxia, espías e invasores que pretendían obtener información para su raza, la cual, llegado el caso, obligaría a los «altanos» a pactar o serían sometidos por las fuerzas siderales del Sistema Político Solar.

Carlos Javier no era más que avanzadilla de una raza altiva y dominadora. La raza humana había extendido su dominio por el universo con la ayuda de la «O.E.», cuyos agentes, elegidos entre los mejores del ejército y las ciencias, debían saber actuar con autonomía y entereza en momentos difíciles como aquellos.

No se trataba, precisamente, de temor a perder la vida; ésta tenía un valor unipersonal, relativo e ínfimo en el gran concierto de los intereses de la humanidad. Se trataba de que un agente bien adiestrado debía saber actuar siempre de acuerdo con las circunstancias.

Y éstas no aconsejaba a Carlos Javier emplear sus armas contra los «altanos», dueños y defensores del planeta en que se encontraban. Además, el agente español de la «O.E.», recordaba las últimas palabras que le dijera su general: «¡Cuidado con Yok Tankse!»

Carlos Javier, por encima de todo, debía actuar de acuerdo con su código especial, según el cual, si ahora le tocaba perder, quizás tuviera ocasión de ganar después. Además, estaba allí para investigar, y no para hacerse matar.

Por estos motivos, Carlos Javier presionó el conmutador de «visibilidad», que llevaba al cinto. La reacción en su equipo y persona fue inmediata. Se materializó al desequilibrarse el sistema inocuo de «permeabilidad lumínica». En realidad, Carlos Javier no sabía muy bien a qué era debido que nadie, ni él mismo, pudiera verle, siendo y estando allí. Le habían dicho que un minúsculo disociador de luz le «rociaba» constantemente, dispersándole la imagen. Él estaba, ocupaba un lugar en el espacio, pero no podía ser visto.

Ahora, los «altanos» pudieron ver a una extraña figura plateada, cubierta de pies a cabeza con un buzo escafandra y una ropa que llevaba cuantiosos bolsillos. Todo el control de su equipo podía manejarlo Carlos Javier con los conmutadores, palancas y pulsadores de su cinto. Llevaba armas, explosivos, gases, alimentos, diminutas máquinas, extraños objetos y hasta un motor a reacción a la espalda que le habría hecho volar a gran altura.

Nada de todo ello utilizó Carlos Javier, como si su intención fuese, precisamente, la de ser capturado.

Por su parte, los «altanos» que le rodeaban, parecieron vacilar un instante,

al verle «materializarse». Luego, reanudaron su avance, hasta terminar por rodearle por completo.

Mientras se acercaban los aborígenes, Carlos Javier extrajo un traductor parlante de la funda que llevaba en la pierna derecha. Lo puso en marcha y habló:

— Oídme, hombres de Altan. No soy enemigo vuestro. Estoy aquí en misión de buena voluntad. ¿Si podéis entenderme o captáis el sentido de mis palabras, hacédmelo saber?

»No debéis temer nada de mí. Dispongo de armas que os podían dañar, pero no es deseo mío el utilizarlas.

Este discurso no fue contestado por nadie. Los «altanos» terminaron por rodearle, se subieron unos sobre otros, en ordenado montón, dejándose caer sobre Carlos Javier, quien sintió el terreno ceder bajo sus pies, a consecuencias del peso de los que le oprimían.

Ni siquiera entonces hizo Carlos Javier nada para defenderse. Llegaron hasta a dañarle. Era como si, entre todos, pretendieran enterrarle bajo tierra, empujándole.

El espía de la humanidad habría de saber pronto que sólo se preponían hacerle pasar a través de las minúsculas esponjas que lo cubrían todo. En tomo a él, se había formado una enorme confusión de cuerpos que pugnaban por abrirse paso en la «blanda tierra».

Y lo lograron.

De pronto, Carlos Javier se encontró penetrando en una especie de tubo, del que se había levantado una tapa. Algo así como viento empujaba les parásitos espongiarios, permitiéndole, en cambio, la entrada a él y a los «altanos» que le rodeaban.

El tubo condujo a una rampa. Allí cambiaba el aspecto del tubo. Una luminosidad rojiza lo invadía todo. Frente a él, una barrera de altanos, provistos de máquinas manuales, que parecían armas, le cerraba el paso.

Los que le empujaban por detrás no se detenían. Estaban entrando todos.

Carlos Javier tuvo la sensación de que había caído en un termitero y las termitas eran «altanos» o seres de otra raza. Pronto habría de saber que la comparación era inexacta, porque los «altanos» eran seres inteligentes y de una ciencia muy desarrollada.

Los guardianes, como se llamaban los hombres que le cerraban el paso, apuntándole con sus máquinas insensibilizadoras, le rodearon también. Los otros retrocedieron entonces.

Y alguno debió utilizar su máquina, porque Carlos Javier sintió un súbito sopor, que le dejó insensible en una fracción de segundo.

* * *

Al despertarse, Carlos Javier percibió una agradable sensación de bienestar, de euforia, como quien acaba de tener un sueño profundo y reparador. Sintió también un efluvio de aire puro, mezclado con aroma de

flores.

Abrió los ojos y se encontró sobre un lecho de espuma, blando, a modo de dosel. Una claridad ambarina lo inundaba todo. Se halló en una extensa sala, de difusas, paredes que parecían encontrarse allá a lo lejos.

Pero no estaba solo. A escasa distancia de su lecho, sentado en una extraña butaca de alto respaldo, había un ser de cabeza esferoide, tez cobriza y ojos grandes y saltones, que se cubría con una rara especie de túnica blanca, corta y sujeta a la cintura con una faja negra.

El individuo le estaba mirando fijamente, sin moverse en absoluto. Sus finos labios estaban inmóviles. Todo él parecía una estatua.

Carlos Javier se incorporó, apoyándose sobre el codo. Entonces, se dio cuenta de que le habían despojado de su equipo y se encontraba únicamente cubierto con un «slip» blanco, muy ajustado.

—¡Eh! ¿Quién es usted? ¿Dónde estoy? —preguntó, sospechando que no iba a obtener respuesta.

Se equivocó completamente. Aquel individuo de la túnica blanca, alzó un brazo y mostró la lisa palma de su mano.

—Buenos días, terrícola —dijo, pronunciando las palabras despacio, meticulosamente, pero expresándose en el lenguaje corriente del Sistema Solar, o sea el «grife» (Nombre compuesto de las siglas «germano-ruso-inglés-franco-español»)—. ¿Ha descansado usted bien? Mi nombre es Ragma y se encuentra usted en una dependencia de la Biosfera de «M-12-Altan». No se sorprenda de que conozca su lengua. Poseemos unos detectores de radio de enorme potencia. Hace siglos que estamos a la escucha de sus emisiones de radio y televisión.

«Nuestro mundo había deseado siempre establecer contacto con la poderosa raza humana, con la que tenemos tantos lazos comunes. Nuestros navíos-sonda no podían atravesar la enorme barrera sideral que nos separa.

«Pero nos alegra que ustedes hayan podido llegar hasta nosotros, por medio de la teleportación hiperlumínica. Hay cosas de ustedes que nos maravillan. Jamás habíamos oído hablar de ciertas cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó Carlos Javier, sorprendido.

—El equipo técnico que usted llevaba. Lo estamos estudiando. Es maravilloso en todo. Supongo que debe tratarse de equipos secretos, ¿verdad?

—No estoy autorizado a revelar nada de cuanto sé. Lo siento.

Ragma imitó una sonrisa, en cierto modo desagradable, porque los «altanos» carecían de dentadura.

—No se moleste. Sabemos de usted todo lo que nos interesaba saber. Nos lo ha explicado todo y hemos podido leer su mente. En cierto modo, ustedes, los habitantes de la Galaxia Vieja, son seres simples. Su cerebro es primitivo aún, aunque su ciencia sea amplia. Eso nos ha hecho pensar en los errores cometidos por nuestras máquinas pensantes.

«Creo que la unión de nuestras razas beneficiaría a todos. Ahora es posible enviar «altanos» a la Galaxia Vieja, del mismo modo que ustedes pueden

venir aquí.

—Yo he sido enviado para establecer ese contacto preliminar —dijo Carlos Javier, cautelosamente, a la vez que se le levantaba.

Y nada más saltar del lecho de espuma, su cuerpo tropezó con una barrera invisible, sólida. Tentó con las manos, encontrándose con una especie de muro de cristal.

—No se alarme, señor Martín —habló Ragma—. Es una medida preventiva. Una barrera iónica le intercepta el paso. Hemos tenido que establecerla porque sabemos que es usted capaz de luchar, aunque sea ciegamente, para tratar de huir. Eso nos obligaría a reducirle, quizás con daño. Y no queremos dañarles a ustedes.

Carlos Javier no había mencionado que estuviese acompañado. Al hacerlo notar Ragma, preguntó:

—¿No nos quieren hacer daño?... Estoy solo.

—En otro lugar se encuentra la señorita Saund. El coronel Yok Tankse está ahora conversando con el Grupo Uno.

—¡Ah! —suspiró Carlos Javier, resignadamente—. ¿Han sufrido daño?

—En absoluto. Han sido tratados con extremada delicadeza. Sabemos que son ustedes más frágiles que nosotros.

—¿Son ustedes robots?

Ragma denegó con la cabeza.

—No. Somos seres creados por nosotros mismos. Pero no como hacen ustedes, al modo primitivo y natural. Nosotros somos producto de laboratorio. Precisamente, nos encontramos aquí, en la Biosfera, donde se fabrican nuestros hombres. ¿De qué se compone un hombre? De cerebro y corazón. Nosotros no conocemos enfermedades, capitán Martín. En eso les adelantamos. Y nuestra vida es más larga.

«Digamos que somos máquinas de carne y hueso, por decirlo de algún modo. Química orgánica humanamente desarrollada. De ese modo hemos evitado el sexo, que tantos perjuicios ha costado a ustedes.

Carlos Javier sonrió y se sentó a los pies del dosel que le había servido de lecho. A menos de cuatro metros, Ragma estaba sentado al otro lado de la barrera iónica.

—Es muy interesante lo que me cuenta. Pero antes de seguir hablando de estas maravillas, ¿puedo preguntar lo que piensan hacer con nosotros? ¿Somos prisioneros? ¿Cuál va a ser nuestra suerte?

—Puedo contestarle a eso, capitán Martín. Vamos a someterlos a un tratamiento de «acondicionamiento» mental. Después, serán devueltos a La Tierra para que informen a sus jefes de lo que a nosotros nos conviene que sepan.

«Sabemos que ustedes han venido aquí a estudiarnos. Una vez conocidos a fondo, sus jefes políticos decidirán lo que hacer de nosotros. Eso han hecho siempre. Si somos poderosos, pactarán con nosotros y buscarán la alianza. Al débil le interesa estar unido al fuerte.

»Si, por el contrario, somos más débiles o hay modo de sorprendernos, nos enviarán sus legiones siderales y nos someterán.

—Está usted aventurando demasiadas conjeturas. Nuestra Junta de Gobierno no actúa en contra de los habitantes de los otros mundos por deseo de superioridad, sino que persigne la seguridad universal.

—Conocemos muy bien la historia de su raza, capitán Martín. El derecho de conquista lo disfrazan ustedes de muchas maneras. No trate de engañarme porque no lo conseguirá.

«Usted y la señorita Saund serán devueltos a sus mundos. Pero estarán condicionados a servir a los intereses de la raza «altana». Por eso les hemos hecho venir.

Carlos Javier se puso en guardia.

—¿Nos han hecho venir? No le entiendo.

—El coronel Yok Tankse es de los nuestros. Los jefes de usted lo han sospechado, pero no tenían la certeza. Nunca la tendrán. Jamás sabrán cómo nos apoderamos de la mente y la voluntad del coronel Tankse. Porque, aunque ustedes van a sufrir un tratamiento similar, nadie lo descubrirá nunca. Y cuando ustedes crean estar trabajando en beneficio propio, la verdad será muy distinta... ¡Prácticamente, ustedes ya son «altanos» como nosotros!

CAPITULO III

Acompañado por Ragma y los cuatro guardianes armados que surgieron detrás de aquél, Carlos Javier «cruzó» la barrera iónica, cuyos efectos de impenetrabilidad habían desaparecido, y se dirigió hacia el fondo.

Una puerta se descorrió. Un pasillo en rampa, abovedado, descendía hacia alguna parte de aquella arquitectura subterránea.

El cautivo caminó entre sus captores. Estudió con interés a los guardianes. A diferencia de Ragma, iban completamente desnudos. Los pies descalzos pisaban el suelo metálico sin ruido. Sólo llevaban sus armas, que eran unos aparatos extraños, provistos de dos agarraderas sobre las placas blancas que contenían el centro motor de su carga insensibilizante.

No eran armas para destruir, sino para paralizar. Una invisible descarga de aquellos rifles electrónicos inmovilizaba a un hombre o una máquina en marcha. Su alcance era superior a los mil metros.

De pronto, el pasillo terminó y Carlos Javier se encontró dentro de un cono. Los otros se situaron a su lado. El cono se movió, girando sobre sí mismo, pero el terrestre apenas si notó una leve oscilación. La entrada al pasillo se había deslizado a la derecha, y cuando se abrió de nuevo la entrada, Carlos Javier se encontró ante una enorme sala, llena de extraños aparatos, ante los que trabajaban hombres cubiertos con túnicas blancas, como la de Ragma.

—Nuestra «Biosfera» —habló Ragma—. Le interesará conocer esto, capitán Martín... ¡Ah, allí está su compañera, la señorita Saund! Por decoro le hemos dado una de nuestras prendas.

Siguiendo la dirección indicada por Ragma, Carlos Javier vio un grupo de cuatro guardianes «altanos», desnudos y armados, rodeando a Helly Saund, la cual vestía ahora una túnica corta, igual que la de Ragma, sujeta con un cinto negro.

Se encontraban junto a una gran vitrina de cristal. Un «Altano» científico, como Ragma, estaba hablando con ella.

Se acercaron. Lo singular era que Carlos Javier no distinguía diferencia alguna en los «altanos». Todos los guardianes eran exactamente iguales. Los científicos también eran iguales que los guardianes e iguales entre sí. Ni un rasgo fisonómico distinto. Todos de la misma talla, de la misma complexión y de la misma expresión, como hechos por el mismo molde.

Cuando Ragma se situó al lado del individuo que hablaba con Helly, Carlos Javier no apreció diferencia alguna.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —fue lo primero que preguntó Helly, al ver acercarse a Carlos Javier.

—-Hola, preciosa. Creo que somos prisioneros.

—Le presento a Kado —habló Ragma, señalando al altano que

acompañaba a Helly.

—Mucho gusto —dijo Carlos Javier, con soma—. ¿Qué es esto?

Señaló hacia la vitrina, en donde se veían unos frascos alimentados por finos tubos. Dentro de los recipientes habían masas bulbosas, grises, de viscoso y repelente aspecto.

—Dicen que son cerebros en embrión —habló Helly, situándose al lado de Carlos Javier-—. ¿Y Yok?

Él no respondió. Se acercó más a la vitrina y estudió uno de los frascos. Los bulbos estaban sumergidos en un líquido incoloro.

—¿Cerebros? —repitió, incrédulo.

—Sí, capitán Martin —respondió Ragma—. Dentro de algún tiempo, estos cerebros ocuparán las cavidades craneanas de nuevos «altanos». Nosotros creamos al ser de acuerdo con nuestras necesidades de expansión.

«Ahora estarnos preparando la creación de trescientos mil nuevos seres que serán enviados a uno de los mundos en construcción. Aquí formaremos cinco mil nada más. En los otros laboratorios se crearán los restantes.

—¿De modo que ustedes exploran un mundo nuevo y lo pueblan con seres nuevos?

—Antes de poblarlo, nuestros obreros lo hacen habitable —contestó Kado —. Se crea la función. Luego va el hombre y la realiza.

—¿Cuál es la función de ustedes? —quiso saber Carlos Javier.

—Nuestro esquema de vida es muy simple —medió Ragma—. Poblamos mundos y abandonamos otros. En eso consiste todo. El fin es dominar los inmensos poderes desencadenados de la naturaleza.

»En un principio, nuestros «primates» tuvieron que luchar en su pequeño mundo contra el furor de los elementos. El fuego, el agua era el origen de sus males. Los dominaron. Se dominaron a sí mismos y luego se extendieron por otros mundos, transformando la naturaleza.

»Para, los «altanos» primitivos, el rayo que desataba una tormenta era como una maldición diabólica. Lo temieron muchos siglos, porque ignoraban su origen. Con el tiempo, la potencia de la electricidad atmosférica llegó a ser utilizada en provecho nuestro.

»Pero, ¿qué era el relámpago local, insignificante, comparado con el rayo sideral de una gigantesca tempestad cósmica? Billones de centellas surcan el espacio intergalaxial. El Universo tiembla, sacudido por los cien mil jinetes de la destrucción.

»Y ante esa impresionante fuerza, el «altano» moderno sonríe y se siente seguro. Sabe que nada puede ocurrirle. Estamos a salvo en nuestros mundos. Cuando un sol se extingue, los indicadores nos avisan con tiempo y podemos planificar la emigración.

«¿Contesta todo eso a su pregunta, capitán Martín?

—¿Han logrado ustedes dominar los elementos?

—En parte, sí. Nuestros mundos son seguros. No hay seísmos, ni tormentas, ni inundaciones. La naturaleza local es sometida antes de instalar

las moradas de los «altanos».

—¿Y cómo construyen un hombre? ¿Cómo se hacen ustedes? —preguntó Helly.

—Ahora mismo lo verán —dijo Kado—. Vengan conmigo a la máquina de formación biológica.

Escoltados por los ocho guardianes armados, Helly y Carlos Javier fueron conducidos a una singular máquina, semejante a las muchas que se veían en la extensa sala. Estaba manejada por tres individuos, tres científicos vestidos con túnica blanca.

—Estos son Heef, Naud y Veren —dijo Ragma—. Especialistas en corazón, anatomía y cerebro. Entiendan que nosotros no hablamos y, por lo tanto, las cosas para nosotros carecen de nombre. Lo que hago, al hablar con ustedes, es traducir ideas nuestras al lenguaje de ustedes.

—¿No hablan? —se maravilló Kelly.

—No. Nuestra comunicación es mental. Por otra parte, nuestra existencia es tan monótona que no hay necesidad de comunicación. Instintivamente sabemos lo que hemos de hacer. Cada uno de nosotros está creado para una función.

»Vean ahora como Naud prepara lo que podemos llamar el esqueleto de un «altano». Acérquense.

Naud estaba ante una mirilla, observando el interior de una cámara. Ante sí tenía una serie de controles que manejaba con las manos. Carlos Javier y Kelly se acercaron a él.

—Sobre la masa de «carne» va a colocar los «huesos»— dijo Kado—. Vean.

Dentro de la cámara hermética había un amasijo informe de materia que en nada se parecía a una figura «altana». Pero los controles que manejaba Naud hicieron que funcionasen los arcos electrobiológicos. La masa se fue contrayendo, como si estuviese viva.

—Nuestros organismos son simples: esqueleto, tendones y envolvente —habló Kado—. Ahora se solidifican los «huesos» del esqueleto.

¡Ante los ojos de Kelly y Carlos Javier, una serie de tiras de masa empezó a adquirir algo parecido a la forma de un esqueleto!

—Increíble!—exclamó Helly.

—¿Qué sustancia es esa? —preguntó Carlos Javier.

Kado se tocó el brazo.

—¿Le llamamos carne? —preguntó—. Es materia orgánica y celular. Un producto de la química. Ustedes se llaman a sí mismos naturales y nosotros lo consideramos artificial. De algún modo hemos de entenderlo. Pero tan natural es esa materia bioquímica como la de ustedes.

»Ahora, Heef introducirá el corazón en ese cuerpo en formación. Se aplica el motor, por así decir. Un motor sólido, sin deficiencias, sobradamente probado. Nosotros no tenemos enfermedades porque no existen defectos de fabricación.

—¡Pero todos son exactamente iguales! —reprochó Carlos Javier.

—Eso, en vez de un defecto, es una cualidad —replicó Kado—. Cuando éramos distintos, producto de nuestro desarrollo evolutivo, los «altanos» tenían las mismas dificultades que ustedes.

—¿Quiere decir que nosotros estamos en estado primitivo y ustedes son supercivilizados porque se reproducen científicamente?

—Eso es, precisamente, lo que quiero decir, capitán Martín —dijo Kado.

* * *

Mientras esto ocurría en la «Biosfera», en otro lugar de aquel complejo subterráneo, el coronel Yok Tankse se encontraba sentado en una silla giratoria, bajo una especie de pantalla luminosa de grandes dimensiones.

En torno suyo, sentados detrás de una mesa circular, veinticinco «altanos» cubiertos con túnicas largas, plateadas y tocados con irnos extraños cascos, le miraban. Frente a cada individuo había, sobre la mesa, una pequeña caja.

La conversación que se sostenía allí era telemental. Nadie hablaba, ni siquiera Yok. Pero sus ideas, traducidas al lenguaje corriente, eran:

—Ikon, atiende. La Junta de Gobierno del Sistema Político Solar no tenía intención de enviar naves siderales contra nosotros. ¿Por qué han decidido informarse de nosotros?

—Ellos saben que, tarde o temprano, eso tiene que ocurrir. Saben de nosotros por exploradores de mundos. Destruyeron varias de nuestras naves. Otras las capturaron. Yo fui uno de ellos. Me hiberné y aguardé la oportunidad para poder deslizar mi dominio dentro de uno de sus hombres más importantes. Yok Tankse lo era.

—Cierto —expresó otro de los miembros del Grupo Uno, o Consejo Directivo Altano—. Esa era la misión de Ikon. Tú eres Ikon. Tu mente es la de Ikon... Pero, ¿dónde está el cuerpo de Ikon?

—En un planeta llamado Klomo. Sigue en manos de los científicos terrestres.

—¿Han obtenido algo de él?

—Era inevitable. Allá se poseen medios científicos para estudiar las mentes de los alienígenas. Era necesario revelarles todo lo que sabía Ikon, fruto de su mentalidad colectiva, a fin de poder apoderarse del cuerpo y la mente del coronel Yok Tankse. ,

Otro de los miembros del Grupo Uno presionó el control de su caja de comunicación telemental.

—Atiende, Ikon. Has obedecido fielmente. Te has apoderado de un coronel de la Oficina Extragaláctica. Pero, ¿cómo sabemos que eres auténticamente Ikon?

Yok Tankse podía sonreír. Su aspecto era humano, aunque estrafalario. Y sonrió.

—Ikon no podía fracasar. Nuestros medios son más perfectos que los de ellos.

—Eso es una suposición muy atrevida, Ikon. La situación real podía ser otra. Ellos han podido condicionar tu mente a los estudios efectuados en la mente de Ikon. Tú puedes ser un auténtico agente de la «O.E.» y el doble engaño perjudicamos.

—No puedo responder satisfactoriamente a eso, Alfo —dijo Yok—. Pero los agentes que han venido conmigo pueden confirmar las dudas que existen sobre mí. Estoy enterado de ello. El general Lehmar advirtió al capitán Martín sobre mí. Fingí ignorarlo, pero capté el mensaje. Tal vez eso demuestre mi verdadera identidad.

—Saliste de aquí con una figura y vuelves con otra. Eres otro, realmente, aunque Ikon se haya apoderado de ti. Y eso es un riesgo que los «altanos» no podemos correr.

—El peligro de los terrícolas no es inmediato —replicó Yok Tankse—. Vuestra decisión no corre prisa. Tenéis tiempo para estudiarme detenidamente. Poseéis máquinas que registrarán mi memoria y os revelarán la existencia en mí de la mente de Ikon. Creo que eso será suficiente.

«Sin embargo, subsiste el problema original. Alguna vez, los terrícolas serán un peligro. Y habréis de estar preparados para atajarlos, o de lo contrario, os destruirán.

—¡Somos mucho más poderosos que esos insolentes terrícolas, comedores de píldoras! —exclamó, mentalmente, otro del grupo Uno.

—Esa raza es astuta —declaró Yok Tankse—. Cuando no pueden vencer por la fuerza, utilizan la astucia.

—Nosotros estamos preparados. Contamos con el cinturón de vigilancia sideral y nadie puede acercarse a nuestra Galaxia sin ser detectados —contestó Alfo—. Ni ahora, ni nunca, los terrícolas podrán someternos, sea por la fuerza o por la astucia. Estamos mejor preparados que ellos y formamos un sólido bloque de seres, que les aventaja en número y en poder.

—¡Ellos también se unen en una idea común cuando llega el momento de combatir! —arguyó Tankse.

Hubo un silencio entre los miembros del Grupo Uno.

Ahora, la silla giratoria de Yok Tankse estaba inmóvil. Nadie parecía tener interés en seguir discutiendo con el agente doble. Era como si meditasen.

Pero la idea de alguno empezó a extenderse por los demás, a los pocos instantes de silencio. Era clara y determinante.

—Puesto que esos habitantes de la Galaxia Vieja pueden llegar a ser un peligro para nosotros en un futuro inmediato, estimo que debemos tomar medidas serias a fin de destruirlos. Una vez aniquilados todos, no corremos ningún peligro. Propongo que utilicemos contra ellos el poder de Klito.

—¿Klito? —preguntó Yok.

De haber poseído sentido del miedo, aquellos seres se habrían echado a temblar. El nombre pronunciado mentalmente significaba el más absoluto poder de destrucción. Y ni siquiera ellos estaban seguros de que sus

consecuencias no cayeran sobre sí mismos.

— ¡Eso es desencadenar la hecatombe universal! —declaró alguien.

—No. Nosotros estamos fuera de sus consecuencias. Además, Klito terminará por desequilibrar el Universo, según han demostrado nuestras computadoras siderales. Este es el momento de comprobar la certeza de esos estudios.

El «altano» que se expresaba así, al igual que todos los demás del Grupo Uno, no podía ser distinguido entre ellos, salvo en que era la atracción de las miradas de todos. Mantenía la mano presionando la caja de control telepático y parecía estar pendiente de Yok.

—Tengo amplios informes de la Sección Sidérea. Klito se desintegrará dentro de cien millones de años. Es inevitable. Ese es su destino. Para entonces, nuestra raza será inmensamente mayor. Nosotros habremos muerto, pero de nuestra materia orgánica habrán surgido cientos de miles de «altanos». También los terrícolas se habrán reproducido de modo alarmante. Puede que entonces sean superiores a nosotros y hayan comprendido el peligro, como nosotros lo comprendemos ahora.

«Pues bien. En las actuales circunstancias, Klito se encuentra favorablemente cerca de la Galaxia Vieja. Los efectos de su destrucción no creo que nos afecten más que una simple tempestad cósmica. En el peor de los casos, las olas de fuego destruirán algunos miles de nuestros mundos.

»Y si es muy fuerte, hasta que llegue a nosotros tenemos tiempo de escapar hacia el confín dimensional.

—¡Eso es imposible! —replicó otro—. Carecemos de naves suficientes para trasladar a todos los «altanos».

—No he dicho trasladarlos a todos, sino a los que podamos. También podemos acelerar nuestro programa de naves espaciales. En un período de seis lustros podemos disponer de cien millones de naves múltiples.

—Con el respeto debido, Kewe —dijo otro—, estimo que se debían repasar tus centros neurálgicos. Algo debe funcionar mal en tu cerebro.

—¿Qué lenguaje es ese?

— Quizás sea que hemos estudiado demasiado tiempo a los terrícolas, y se nos ha contagiado parte de su lenguaje. Ni estamos locos ni enfocamos adecuadamente la cuestión. Propongo suspender la reunión y que se analice más profundamente a Ikon-Yok Tankse. Bajo ningún concepto podemos cometer error con él.

Los demás componentes del Grupo Uno aceptaron. Alguien pulsó un interruptor y la luz de la pantalla suspendida sobre la cabeza de Yok se apagó. Todo quedó sumido en la oscuridad.

* * *

Les llevaron a una sala de regulares dimensiones. El aire artificial era fresco y agradable. Habían cómodas y curiosas butacas, una enorme pantalla de televisión tridimensional y una mesa con alimentos sintéticos procedentes

de los mejores laboratorios de Urano.

Kado y Ragma se habían despedido en la entrada, dejándoles solos.

—¿Qué opinas de todo esto, Carlos? —preguntó Helly, sentándose y cruzando las piernas.

Él repuso:

—Que han sido considerados contigo, respetando tu pudor.

Helly sonrió.

Y confesó:

—Eso es lo que menos me preocupa ahora.

—Gracias —dijo él, secamente, cambiando rápido de tema—. Leí en tu expediente que eres hija de un alto cargo político.

—¿Eso es lo que te preocupa ahora, Carlos?

—Creo que vamos a tener tiempo suficiente para conocemos bien. Sospecho que en los cálculos de los «altanos» no entra el dejamos marchar.

—Sí. Eso también lo temo yo. Es curioso cómo se fabrican ellos mismos. Han renunciado al placer de la procreación.

—Nosotros somos muy primarios. Quizás cambiemos. ¿Qué te hizo elegir esta profesión?

—Pues... No lo sé. Pertenecer a la «O.E.» es un privilegio, aunque la mayor parte de nuestros coterráneos ignore su existencia. Destaqué en mis estudios. Soy un técnico en teleportación. Contribuí a desarrollar técnicas ventajosas. Por este motivo, un día me llamaron a la cámara negra. Fui allí sin saber lo que era. Me durmieron y los «contratistas» de Enrique Lehmar me propusieron ser miembro de tu partida.

«Consulté con mi padre... ¡Ah, voy a satisfacer tu curiosidad! Es Gregg Sunda, Secretario de la Junta de Gobierno.

Carlos Javier exhaló un suspiro.

—Me lo imaginé. Tu seudónimo no era muy encubierto. De Nelly Sunda a Helly Saund hay poca diferencia. No te has caracterizado por tu ingenio en disimular.

—Tampoco era necesario. Soy una oficial de la «O.E.», y este es el primer servicio que cumplo. Sólo me conocen Yok, Lehmar y tú.

—El primero y, posiblemente, el último, preciosa —repuso Carlos.

—Hablemos de ti. Aparte de haber estudiado en Villalba y obtenido un número uno en varias asignaturas, ¿qué otra cosa has hecho?

Kelly se inclinó hacia adelante, apoyando un codo en la rodilla.

—Tengo padre, madre y dos hermanos, varón y hembra. Hace dos años que no los veo. Ellos creen que trabajo en una estación del gobierno, en Géminis. Y, en efecto, allí tengo un sosias. Me escriben, les contesta mi sosias y todos contentos.

»He realizado varias importantes misiones de espionaje.

—Información —rectificó ella.

—Es lo mismo. En CGT-4487 estuvieron a punto de matarme los «cledeosthimanos». Me capturaron por un fallo de mi nave. Pude utilizar mi

reactor individual y estuve entre hielos seis semanas. Es la vez que he visto la muerte más de cerca. Lo curioso fue que un raro animal prehistórico, en orla, me amamantó —Carlos Javier sonrió—. Era un bicho pesado y ciego. Su cerebro primitivo, como los «cledeosthimanos». Al fin, mi sonda auxiliar fue recogida. Aquel planeta estaba rodeado de una fuerte ionización magnética y no había forma de comunicarse por radio. Ni siquiera me sirvió la microonda hertziana.

«Me rescató una expedición, para ser enviado a la base militar de Medik, donde se sospechaba que el general Brack intentaba dar un golpe de estado y obtener la independencia, con ayuda de los sublevados «irios».

«Comprobé la sospecha y ejecuté a Brack y a su consejo... Bueno, por eso ascendí a capitán.

—Un agente de la «O.E.», no debe revelar el secreto de las misiones realizadas —se oyó decir a Yok Tankse, detrás de ellos.

Ambos se volvieron, sorprendidos. Yok Tankse, llevando un «slip» blanco, había aparecido a pocos pasos.

Carlos Javier se puso en pie. Sus ojos se entornaron para escrutar al oriental.

—¿De dónde sales ahora, Yok?

—Me han tenido en una sala de reconocimiento. De alguna forma han sabido que yo era el jefe de la expedición. Creo que me han sacado hasta los pecados de la infancia... ¡Nada podemos hacer contra ellos!

—¡Tú no podrás hacer nada, pero yo sí, traidor! —exclamó Carlos Javier, avanzando hacia Yok y derribándolo de un soberbio golpe.

CAPÍTULO IV

Yok Tankse cayó al suelo a consecuencias del golpe, a la ves que Helly Saund se abalanzaba sobre Carlos Javier, para contenerle.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó la muchacha.

—No te metas en esto, Helly. ¡Él me entiende! —masculló Carlos Javier.

En tierra, frotándose el mentón y mirando a su .agresor con ojos inexpresivos, Yok musitó:

—El que no entiendes eres tú, capitán Martín. Esto te costará muy caro.

— ¿Crees que no lo pienso? Si formamos una expedición de tres y uno es un traidor, los demás debemos considerarnos como perdidos de antemano.

—No. No sabes lo que dices. Lehmar hizo mal en enviarte a esta misión. Los agentes de la «O.E.» no pueden dejarse llevar por los impulsos. Es un error.

—¡El propio Lehmar me previno contra ti! —acusó Carlos.

—Hizo mal. Si desconfiaba de mí, no debió dejarme venir. Pudo arrestarme allí. ¿No te has detenido a pensar en la causa del por qué no lo hizo?

Esta pregunta directa del individuo que continuaba en el suelo hizo su efecto. Carlos Javier vaciló, sin saber qué decir. El otro aprovechó la duda para levantarse con agilidad e ir hacia una de las butacas, sentándose.

—No vamos a solucionar nada enzarzándonos a golpes. Tampoco sé si nuestros anfitriones nos lo permitirían. Es de suponer que estén observando y escuchando lo que hacemos y decimos.

—Creo que tiene razón —observó Helly—. No esperaba un comportamiento tan infantil.

—¡Ellos saben ya de nosotros cuanto necesitan saber! ¡No ha servido de nada condicionar nuestras mentes! ¡He visto cómo trabajan estos seres! ¡He hablado con ellos! ¡Su ciencia es tan superior a la nuestra, que no podemos ni comparamos! ¡Y tú debías saberlo, puesto que estudiaste a uno de ellos en Klomo!

—Calma, capitán Martín —atajó Yole, alzando una mano—. No estoy de acuerdo con tu opinión. Si reflexionas un poco, puedes deducir que mi actitud tal vez tenga un doble móvil.

»Mi mente puede o no estar condicionada. Yo he podido decirles mucho o nada. Habla por lo que tú has hecho, no por lo que hagan los demás, y que no has visto siquiera.

»En la «O.E.», hay muchos modos de trabajar y cada uno de nosotros, pese a lo que ha dicho Lehmar, podemos estar cumpliendo misiones distintas. Por lo tanto, antes de llamar traidor a un coronel, superior a ti, has debido pensarlo.

»No quiero tenértelo en cuenta. Deseo olvidar tu agresión. Si no lo

consigo, tal vez hablemos de ello más tarde y sirva para degradarte o expulsarte de la «O.E.». Mientras tanto, estamos aquí y hemos de afrontar la situación del mejor modo posible.

Yok Tankse estaba ganando la partida dialéctica. Carlos Javier se sentía incapaz de contestar a los argumentos del otro. Todo cuanto estaba diciendo podía ser cierto.

—Siento haberme dejado llevar por el impulso —murmuró.

Helly sonrió, rozó el brazo desnudo de Carlos Javier y dijo:

—Olvídalo. Hasta que no se demuestre lo contrario, el coronel Tankse es el jefe del grupo. Si el general Lehmar tenía alguna prevención contra él, debió decírnoslo a todos. Pero lo lógico es no encomendar la misión a un hombre de quien se tienen sospechas.

—Bien. Dejemos eso —atajó Carlos Javier, yendo a sentarse en la butaca donde había estado Helly, frente a Yok—. ¿Qué podemos hacer?

—Nada. No podemos hacer nada, excepto esperar. Son nuestros anfitriones los que han de decidir acerca de nosotros.

—¡Yo no estoy dispuesto a estarme cruzado de brazos! ¡Intentaré salir de aquí del modo que sea!

—No te aconsejo que obres alocadamente. Los «altanos» dominan su mundo. Han escondido el «Vick-ZE-9», que deben estar estudiando, como nos estudian a nosotros, sin que nos demos cuenta. Somos cobayas en su laboratorio.

—¡Pero existirá algún modo de salir de aquí! ¡Por perfectos que sean, han de tener algún punto flaco!

Diciendo esto, Carlos Javier se dirigió al muro por el que había penetrado Yok. La puerta que se descorrió para dejarle entrar, parecía no existir. Golpeó el sólido muro con ambos puños, no logrando nada. Así rodeó toda la estancia, que era amplísima..

Mientras hacía esto, Helly hablaba con Yok.

—La atmósfera de este planeta no es igual que la nuestra. Sospecho que han producido aquí una atmósfera artificial para nosotros.

—Sí. En caso de poder salir de aquí, en poco tiempo caeríamos muertos. Los «altanos» carecen de pulmones, como nosotros. No respiran.

—¿Y cómo oxigenan su sangre?

—No tienen necesidad de ello. Su sangre carece de impurezas. Quizá, siglos atrás, fueran tan imperfectos como nosotros. Pero se han superado en todo lo referente a sí mismos.

—¿Qué te han hecho?

—No lo sé, exactamente —repuso Yok—. Me insensibilizaron mientras caminaba. Deduzco que debieron traerme aquí. Y no sé dónde estoy. Al despertar me encontré vestido así —Yok se miró a si mismo, haciendo un gesto expresivo con las manos—. No soy tan apolíneo como nuestro impetuoso amigo.

Helly sonrió.

—No juzgo a los hombres por su aspecto, coronel.

Yok también sonrió, mirando a Carlos Javier, quien continuaba golpeando los muros.

—Yo tampoco. El aspecto del capitán Martín es de un joven irreflexivo. Me consta que no lo es. Conozco su historial.

—¿Se extraña una del por qué pierde el tiempo así?

—Exacto. No encontrará nada.

En aquel preciso instante, la gran pantalla que tenían delante se iluminó, apareciendo una especie de despacho, con una mesa muy especial y rara, cubierta de extraños aparatos y controles, tras la que había un «altano», que igual podía ser Kado, como Ragma, porque llevaba la túnica de los científicos.

Aquel sujeto habló en «grife» con extraño acento.

—Sitúense frente a mí, por favor... Me refiero a usted, capitán Martín.

El aludido se acercó a donde estaban sus compañeros, situándose a la derecha de Helly, la cual había hecho girar su asiento, para situarse frente a la pantalla.

—¿Puede usted oímos, Ragma? —; preguntó Carlos Javier.

—Mi nombre no es Ragma. Comprendo que a ustedes les parecemos todos iguales. Eso es debido a que perciben las cosas y objetos a través de la vista. La mente es más perfecta que los ojos. Nosotros no vemos, pero «sentimos»...

—¿Qué piensan hacer con nosotros? —atajó Carlos Javier.

—De eso quería hablarles. Mi nombre es Vence y soy jefe de los servicios de seguridad de este planeta. Les han puesto a ustedes bajo mi tutela.

»Ya sabemos acerca de ustedes todo lo que nos interesaba saber. Eso ha sido lo primero que hemos hecho. Sabemos que no representan ningún peligro para nosotros. Tenemos sus equipos y el gabinete científico los está estudiando.

»En particular, hay una cosa que nos interesa extraordinariamente. Me refiero al objeto que ha utilizado usted para llegar hasta nosotros. La señorita Saund es un técnico en materia de teleportación.

»Pues bien, deseamos su voluntaria colaboración. Queremos asimilar perfectamente ese aparato.

Helly Saund sonrió y dijo:

—Lo siento. Vence. No puedo revelar secretos que no me pertenecen.

—Le repito que ya lo ha hecho. Sabemos todo lo que usted sabe. Está todo archivado en máquinas de registro mental. Podemos utilizar los datos que nos ha facilitado mientras estuvo inconsciente. Pero hay fórmulas que no entendemos. Por eso hemos decidido pedirle que nos ayude, A cambio de ello, gozará usted de entera libertad para moverse por nuestras instalaciones.

—Lo siento —contestó Helly—. Ni puedo voluntariamente ayudarles en lo que me piden, ni deseo correr suerte distinta a la de mis compañeros. Lo que sea de mí, será de ellos.

—Gracias, Helly —dijo Carlos Javier, volviéndose a ella—. Pero, yo, en

tu lugar aceptaría.

—¿Tú harías eso?

—Sí. Antes, empero, debo hacer una pregunta. Dígame, Vence, ¿qué ocurrirá si Helly se niega a prestarles su ayuda?

—Ocurrirá lo que ha decretado el Grupo Uno... ¡Todos ustedes serán eliminados por medio de desintegradores de energía!

—En ese caso, querida Helly, no tienes más remedio que aceptar. Y tu única condición es que nos respeten la vida y nos den libertad de movimiento, como a ti.

—He oído. Mi proposición sólo está dirigida a la señorita Saund. Pero no veo inconveniente en concederles lo que piden. Sin embargo, cada vez que salgan de su cabina, habrán de estar vigilados por nuestros guardianes.

—Gracias, Vence. Es usted muy generoso.

* * *

Helly Saund había salido. Carlos Javier y Yok estaban paseando por la sala, haciendo ejercicio. Habían recibido de manos de un científico «altano» las píldoras alimenticias que pidieron.

—¿Saben esos tipos lo que pensamos, Yok? —preguntó Carlos Javier.

—Pueden leernos el pensamiento. Lo han hecho ya. Pero ignoro si han empleado máquinas o no.

—Yo creo que no pueden saber lo que pensamos. Nuestros cerebros son distintos a los de ellos. Nos habrán hecho un sondeo, y por eso saben todo lo que nos proponíamos —Carlos Javier parecía estar hablando consigo mismo —. Eso me hace suponer que no pueden adivinar nuestras intenciones, a menos que nos insensibilicen y nos sometan a tratamiento.

—¿En qué estás pensando?

—Nada. Recuerda que no me fío de ti. Todo cuanto te diga puedes comunicárselo a ellos.

—¡Te dije y te repito que, hasta no demostrar lo contrario, estás a mis órdenes! Y si tienes algún proyecto, soy yo quien debe aprobarlo o no. De lo contrario, atente a las consecuencias.

—Correcto, coronel Tankse. Aceptaré las consecuencias. El general Lehmar me advirtió contra ti y por eso actúo de este modo. Podemos hacer una cosa. Dividimos el grupo. Helly está colaborando con ellos, y eso nos sirve para seguir viviendo. Por lo tanto, quedamos dos. Propongo que cada uno de nosotros actúe por su cuenta. El objetivo es regresar a La Tierra e informar de Cuanto hemos visto.

— No podremos regresar, si ellos no nos dejan.

—¿Te rindes ya, coronel? —ironizó Carlos Javier—. Los de mi casta jamás renuncian a la lucha, mientras viven. Recuerda que soy español.

—¡Déjate de anticuados nacionalismos! Los europeos parecéis vivir aún en el pasado. Hay que ser prácticos. Imagina que sales de aquí. Llevarás detrás tuyo un piquete de cobrizos armados. Al menor intento de rebelión te

dispararán. Y un fracaso te puede costar la vida.

—¡La vida no me pertenece, Yok! La ofrecí a mi raza cuando ingresé en la agencia. ¿Qué valgo yo?

—Sabiendo esperar el momento oportuno se puede conseguir más —replicó Yok.

—¿Es ésa tu táctica?

—¿Hay otra?

—Está bien. Vamos a dividimos. Si logro algo, en último extremo puede que me acuerde de ti y decida llevarte conmigo. Deseo darte de puñetazos antes de que te desintegren por traidor. Aquí no vale la pena discutir.

—De acuerdo. Yo, a mi vez, cuando deba informar de tu muerte, diré que obraste como un imbécil, sin experiencia y que tu actitud ha sido la impropia de un oficial de la «O.E.».

Carlos Javier se separó del otro, mordiéndose los labios, y fue hacia donde le habían dicho que estaba una de las salidas.

Su presencia ante la invisible entrada, sirvió para que la puerta se descorriera. Al otro lado habían dos grupos de «altanos» armados y desnudos.

—Quiero salir de aquí —exigió Carlos Javier—. Eso entra en el trato hecho por Helly.

Ninguno de los guardianes replicó. Jamás decían nada. Su misión no era hablar.

Al ver que ninguno se movía, Carlos Javier franqueó el umbral, yendo hacia ellos.

—¿Quién me da mi casco de oxígeno?

Un científico que estaba en una máquina próxima, se acercó.

—¿Me entiendes, amigo?

—Poco —replicó el individuo—. No estoy especializado en vuestra lengua. Aguarda. Llamaré a Ragma.

Diciendo esto con dificultad, el científico dio media vuelta y se alejó, perdiéndose entre las máquinas de la enorme sala, donde trabajaban millares de seres.

Al poco, otro «altano» se acercó. Algo le dijo a Carlos Javier que era Ragma. Y no se equivocó.

—Necesito mi casco de oxígeno. Tengo permiso para ir de un sitio a otro.

—Sí, es cierto. Pero no te daremos el equipo de vacío. No es necesario. Vas a ingerir un ingrediente que te facilitará la respiración. Es el mismo que os dimos cuando os quitamos los equipos. Sus efectos son para varios días. Eso impide que nuestra atmósfera os dañe.

—¿Es cierto eso, Ragma?

—No miento. Ven conmigo.

Carlos Javier acompañó a Ragma, seguido de cuatro de los guardianes armados, hasta una dependencia, especie de modernísimo laboratorio de química, donde trabajaban irnos diez científicos. Ragma no habló con nadie. Fue a una especie de singular vitrina oscilante, tomó un recipiente aplastado y

transparente, donde habían cápsulas blancas, y dio dos a Carlos Javier.

—Son inocuas —dijo—. Puedes tomártelas con tranquilidad.

Carlos Javier no podía dudar de la palabra del otro. Se tomó las dos píldoras, que le dieron inmediatamente una agradable sensación de bienestar. Sintió ensanchársele los pulmones y el raro aire del laboratorio pareció convertirse en efluvio de flores.

—¿Qué es?

Ragma sonrió.

—«Txakdifilo». ¿Te dice algo?

—No, desde luego. ¿Dónde está Helly?

—Trabaja en otra dependencia, lejos de aquí.

—¿Puedo ir a verla?

—No te dejarán entrar. Allí está el teleportador.

—¿Y no temen que Helly lo utilice para escapar?

—Está vigilada. Podemos ir a ver como trabaja, sin embargo. Aquí también tenemos ventanas, aunque no lo parezca. Ven, bajaremos al piso inferior. Hay un tren subterráneo que va hasta el centro de investigaciones extrañas.

Seguido siempre de sus cuatro guardianes silenciosos, Carlos Javier y Ragma se dirigieron a uno de los ascensores iónicos. Se situaban dentro del campo de influencia de los haces. Al quedar inmóviles irnos segundos, el campo los trasladaba al piso inferior, sin que notasen cambio alguno.

Sólo era un instante. Como si se apagase y encendiese una luz simultáneamente.

Era un medio de locomoción singular. En La Tierra, ellos tenían ascensores magnéticos, de funcionamiento similar.

En el piso inferior, otra gran nave invadida de máquinas y de altos tubos brillantes que iban a perderse en el techo, como si funcionaran con las máquinas del piso superior, se dirigieron hacia una rampa, al extremo de la cual había una curiosa vía que se perdía en un túnel circular, brillantemente iluminado, cuyo fin, a derecha e izquierda, parecía ser infinito.

Allí habían unos «altanos» que vestían « slips» blancos, iguales al que llevaba Carlos Javier.

—Oiga, Ragma, ¿por qué visten así esos individuos?

—Son obreros.

—¿De modo que cada uno cumple aquí una función y viste de distinto modo?

—Ese pantalón ajustado protege sus troncos del esfuerzo... Digamos que es una faja para impedirles una lesión en la base de la columna vertebral. Piensa que estos hombres, con frecuencia, han de levantar pesos enormes... ¡Están creados para el trabajo y tienen una fuerza descomunal!

—¿Puedo probar un golpe con uno de ellos?

—Hazlo.

Sin vacilar, Carlos Javier se acercó por detrás de uno de los obreros, que

estaba inmóvil, corno escuchando instrucciones mentales de alguno de sus ausentes capataces, y le propinó un terrible golpe en la nuca. Un terrestre habría caído fulminado a consecuencias del porrazo. El obrero «altano» ni se movió, como si no hubiese sentido nada.

—¡Cáspita! ¡Nadie lo diría! Y lo asombroso que carecen de musculatura.

—Te equivocas, capitán Martín. Los obreros «altanos» son los más fuertes de cuantos hombres hemos encontrado en Andiomea —contestó Ragma—. Esos van a cargar un bólido.

Efectivamente, al poco llegó un curioso «subterráneo», en forma de cigarro puro, herméticamente cerrado, pero al detenerse, sus costados se abrieron, mostrando distintos compartimientos.

Ragma, Carlos Javier y su escolta subieron a un departamento para pasajeros, en donde viajaban otros «altanos», algunos de los cuales se fijaron particularmente en el terrícola. Mientras, fuera, en el andén, los obreros cargaron rápidamente numerosas máquinas que descendían de una especie de ascensor. En contados segundos, varias toneladas de maquinaria quedaron colocadas en el bólido subterráneo, que cerró sus compuertas y se puso en marcha.

Carlos Javier no notó la aceleración. Ragma le dijo:

—Vamos a diez mil kilómetros por hora.

—No es mucho. Nosotros vamos más aprisa —replicó Carlos Javier.

—Se trata de un ferrocarril subterráneo.

Llegaron a su destino en pocos minutos. Cuando vino a darse cuenta Carlos Javier, el bólido se había detenido, se descorrieron las compuertas y Ragma le hizo un gesto, invitándole a descender hacia un andén análogo al que había dejado atrás. Tan parecido era, que el terrestre creyó encontrarse en el mismo lugar.

—Pero...

—Hemos recorrido treinta y seis mil kilómetros —informó Ragma.

Carlos Javier no contestó. Seguido de su escolta fueron hacia un ascensor inmediato. Al instante se encontraron en una gran nave, en cuyo centro había una enorme esfera de más de cincuenta metros de diámetro.

—¿Qué es eso? —preguntó Carlos Javier.

—Ahí dentro está su compañera, la señorita Saund. La acompañan varios altos hombres de ciencia.

—¿Podemos entrar?

—No.

—Quiero ver a Helly.

—Ven conmigo.

Ragma llevó al grupo hasta una máquina visora, que había junto al muro. Allí, presionó un botón, diciendo :

—La televisión nos sirve aquí de ventanas... ¿eh, qué...?

En la pantalla, nítidamente iluminada ahora a todo color, Carlos Javier pudo presenciar una violenta escena entre Helly Saund, quien había derribado

a un hombre ataviado con túnica blanca, y estaba forcejeando con otros dos, completamente demudado el rostro. Detrás de ellos, ahora enteramente visible, estaba el teletransportador enviado a «M-12-Altan» al mismo tiempo que los agentes de la «O.E.».

¡Y Helly Saund se encontraba peleando ferozmente, con manos, uñas y dientes, para defenderse de los dos científicos «altanos»!

Carlos Javier vio a otro hombre avanzar por detrás de Helly, provisto de un aparato en la mano. Los semblantes de aquellos seres no expresaban emoción alguna. Pero algo dijo a Carlos Javier que el «altano» llevaba intenciones de matar a la joven.

— ¡Nooo! —grité Carlos Javier, con toda la fuerza de sus pulmones

CAPÍTULO V

La teniente Helly Saund accedió a colaborar con los «altanos» con el deliberado propósito de buscar una ocasión para escapar. Y, precisamente, debido al interés que sus captores tenían por el teletransportador, esto podía facilitar sus planes, dado que el «Vick-ZR-9» era el único medio que ella tenía para volver a la Tierra.

Fingió, pues, aceptar de buen grado la petición de ayuda que le habían hecho, y que servía además para conservar con vida a ella y a sus compañeros, y fue con Kado hasta el ferrocarril subterráneo. Antes, le habían hecho tomar unas píldoras, diciéndole que eran para poder respirar fácilmente.

De aquel modo, fue conducida a la espaciosa sala en donde se encontraba la esfera. Allí, Kado le dijo:

— Dentro de esa bola metálica se halla el teleportador que han traído de su mundo. La razón de que se encuentre ahí es bien simule. Un campo irreversible e magnético hace que nada de cuanto hay en su interior pueda escapar al exterior.

Helly frunció el ceño

—¿Qué quiere usted decir?

—Usted habrá de demostrar a nuestros científicos cómo funciona el teleportador. Pero su campo de experimentación queda reducido al interior de la esfera. No puede ir más allá. ¿Me entiende?

—¿Temen que pueda utilizar el aparato para escapar a mi mundo?

—¿No lo intentaría usted, si pudiera? —inquirió Kado, a su vez.

Helly sonrió.

—Desde luego que sí. He sido una ingenua. Debí suponer que no encontraría muchas facilidades. ¿Cómo se entra en esa esfera?

La respuesta la obtuvo, la joven al acercarse a la base de aquel monstruo metálico, en cuya superficie inferior, sobre las cabezas de ellos, se abrió un rectángulo.

—Sitúese aquí exactamente —le dijo Kado, para apartarse inmediatamente—. Va a viajar usted dentro de un rayo de luz.

Antes de que Helly pudiera responder, del rectángulo que había sobre su cabeza surgió una intensa luz blanca que la hizo cerrar instintivamente los ojos. Sintió que sus pies se despegaban del suelo, como si hubiese perdido la gravidez.

Sólo fue un instante. Al abrir de nuevo los ojos, se encontró en una sala, dentro ya de la esfera metálica, en la que habían varios «altanos» en torno suyo, mirándola con interés. En el centro de la sala estaba colocado el teletransportador «Vick-ZR-9», perfectamente visible. Otros dos científicos altanos, con curiosos medidores de lo que ella no sabía qué, estaban en torno al aparato.

—Encantado de conocerla, señorita Saund —habló un «altano» en perfecto «grife»—. Soy Megso, jefe de este departamento. Agradecemos en extremo su estimada colaboración. Ellos son Kisvo, Frett, Pewko, Drem, Jogro y Vcon.

—Mucho gusto —dijo Helly, asintiendo con la cabeza a cada nombre que le mencionaba Megso—. ¿Qué es lo que pretenden averiguar?

Megso indicó un tablero de control, con muchas luces, de raros y desconocidos colores —que los «altanos» parecían distinguir muy bien, pero que a Helly muchos parecían iguales.

—Vea esto, señorita. Cada «ojo luminoso» detecta un tipo de onda distinta. Son las ondas las que estudian el funcionamiento de la máquina de teleportación. Las luces se impresionan, se clasifican, se archivan y, por fin, nuestras computadoras ultrarrápidas nos dan la respuesta a lo que pedimos.

—¿Y qué desean saber? —preguntó Helly.

—Deseamos comprobar que todo lo que usted nos diga sea cierto y sea interpretado correctamente por nosotros.

—Ese aparato sirve para viajar por el espacio a velocidades hiperlumínicas —explicó Helly, que no revelaba ningún secreto con ello.

—Lo sabemos —dijo Megso—. Pero, ¿cómo?

—No es sencillo explicar esto. En nuestros mundos, muy pocas personas pueden comprenderlo.

—Nosotros somos más inteligentes que los habitantes de sus mundos, señorita Helly —replicó Megso, sin altivez—. La única dificultad que vamos a encontrar será la de comprender perfectamente sus palabras. Se nos ha ocurrido pensar que podemos recurrir a las fórmulas técnicas.

Helly sacudió la cabeza.

—Las fórmulas están representadas por guarismos, ninguno de los cuales representa nada para ustedes.

Hemos de estudiar lo que pueden comprender y lo que no pueden.

—En materia de teleportación, estamos bastante adelantados. Sin embargo, jamás hablamos visto nada igual a esto —intervino otro de los científicos «altanos»—. No nos cabe duda de que ustedes han venido «instantáneamente» desde la Galaxia Vieja hasta aquí, utilizando esto.

—Primer error. No hemos venido en «eso» —contestó Helly, señalando al «Vick-ZR-9»—. Eso llegó al mismo tiempo que nosotros. Para teletransportarnos utilizamos otro aparato semejante. Éste fue enviado para poder regresar con él a nuestro punto de partida.

Los «altanos» debieron cambiar impresiones mentales entre sí. Todos rodeaban ahora a Helly, mirándola con atención, como si quisieran adivinar sus pensamientos a la vez que captar el sentido exacto de sus palabras.

Megso repuso:

—Un «Vick-ZR-9» fue utilizado para enviar a ustedes y a esto.

—Sí.

—¿Cómo funcionó aquel teleportador?

—Nos envió aquí.

—¿Sabían ustedes dónde iban a «materializarse»?

—No con exactitud. Elegimos un punto de Altan. Igualmente hubiésemos podido «materializarnos» en el espacio, cerca de aquí. Pero en nuestro equipo llevábamos reactores individuales para descender.

—Eso lo entendemos. Entendemos también que ustedes hicieron funcionar unos «invisores» y nadie, ni ustedes mismos, podían verles. Ignoraban que nosotros poseemos aquí una luz distinta a la suya, de ondas subnormales, y les vimos a la vez que les «sentimos».

—Bien, ignorábamos eso. Nos vieron, nos detuvieron y ahora desean saber cómo «viajamos» por el espacio.

—Exactamente.

Kelly dejó escapar una risa alegre y divertida.

—Ustedes afirman ser superiores a nosotros, porque se autofabrican, carecen de pasiones y sentimientos. Yo opino, sin embargo, que están en plena degeneración, por mucho que vivan. No son más que máquinas humanas. Y la máquina jamás aventajará a la creación divina.

—No la hemos llamado para que nos lance sermones. Queremos que nos explique, el funcionamiento de «eso».

Megso se acercó a Helly y la tomó del brazo. Ella se soltó inmediatamente, con rudeza.

—¡No me toque! Soy una mujer. Si hemos de trabajar juntos, necesito un mínimo de consideración.

Megso debió alarmarse, pero no expresó sentimiento alguno. No podía hacerlo. Se limitó a decir:

—Disculpe. No quería ofenderla. Hábleme de la energía necesaria para el perfecto funcionamiento del teletransportador.

—Ciento veinte mil voltios.

—Podemos contar con esa energía.

—Quedaríamos electrocutados en el acto. En realidad, este «Vick» no es igual que el empleado para traernos aquí. Aquel desarrollaba una energía continua. Éste lleva la energía acumulada.

—Tanto mejor. Nosotros sabemos que nada puede abandonar el interior de la esfera en donde estamos. Hemos aislado totalmente el lugar. Pero podemos realizar la prueba desde el interior del teleportador al exterior, aquí mismo, donde estamos.

Helly Saund sabía perfectamente lo que los científicos «altanos» deseaban de ella. Y precisamente esto era lo que Helly no quería hacer. Si empleaba la energía acumulada para demostrar a Megso la desmaterialización de un cuerpo dentro del «Vick» y la «materialización» del mismo, fuera del «Vick», la energía contenida en los acumuladores se perdería... ¡Y esto les impedía el eventual regreso a su mundo, a menos que el general Lehmar les enviase otro teleportador para transportarles, cosa que no era probable!

—Lo siento. Lo que usted pide no es posible. Este teleportador es de un

alcance ilimitado, como han podido comprobar. No sirve para distancias que pueden medirse en metros.

—¡Miente usted! —dijo Megso en un tono que parecía a Helly un tanto airado, cosa que, en realidad, no era cierto.

—En ese caso, habrán de recurrir a otro para que les haga la demostración.

—La haremos nosotros, sin usted —dijo Megso.

—Y puede ocurrir que, pese a su esfera y a su protección magnética, alguno de los aquí presentes aparezca en el Instituto de Investigaciones de Peoría, en La Tierra. Recibirán allí una sorpresa.

—No sabe usted lo que está diciendo, señorita Saund —objetó Megso—. Sabemos casi todo lo que se relaciona con este teletransportador, el cual hemos estudiado a fondo.

—Por muy inteligentes que sean, en el tiempo que este objeto se encuentra aquí no han tenido tiempo de estudiarlo. No intente engañarme, porque no lo conseguirá. Además, sé que me necesitan y por eso me han hecho venir. Pues bien. Si quieren hacer investigaciones, se habrán de someter a mis teorías.

De nuevo, los científicos «altanos» parecieron telecomunicarse entre sí. Helly presintió perfectamente esta comunicación. Su instinto no podía engañarla. Deliberaban y quizá estaban en comunicación con algún jefe «altano».

Al cabo de unos minutos, Megso habló de nuevo.

—Dejaremos esa prueba para más tarde. Hemos comprendido que existe un motivo especial por el cual no desea usted efectuar la prueba. Trataremos de averiguar qué motivo es ése.

»Ahora, nos gustaría ir conociendo los fundamentos esenciales del teletransportador.

Helly se dijo que los «altanos» eran muy sutiles.

Ahora estaba segura de poder aprovechar cualquier circunstancia para introducirse dentro del «Vick» e in tentar volver a La Tierra. Una vez allí, con el general Lehmar buscaría un medio para rescatar a Yok Tankse y a Caries Javier.

Durante algún tiempo, estuvo intentando explicar a Megso y a sus colegas el complicado sistema de la teleportación, desde la cámara de «salto al tiempo», inventada por G. H. Jokker, hasta los secretos de la «desintegración molecular sin pérdida de energía», según el sistema de condensación de materia.

Fue unas horas más tarde, cuando Megso quiso que Helly le mostrase los mecanismos interiores del «Vick-ZK-9», para lo cual repitió por décima vez:

—Una vez dentro de su máquina, no intente burlarse de nosotros. Ya le he dicho que si estamos dentro de esta esfera magnética es porque sabemos que no puede usted escapar a su mundo.

—Tanta insistencia en repetírmelo me hace suponer que no confían ustedes mucho en el poder de retención de la esfera. ¿Me equivoco?

—Confiamos. Pero si usted cometiera alguna torpeza, sería la primera en

lamentarlo.

Estaba sobradamente advertida. Helly, empero, se dijo que valía la pena, si se presentaba ocasión, refugiarse dentro del «Vick» y probar la huida.

Con ella se acercaron a la máquina Megso, Jogro y Pewko.

Helly descorrió la compuerta de acceso a la cámara. Los otros científicos «altanos» se mantenían al lado.

—Primero entraré yo —dijo Megso.

Helly Saund llegó a intuir que, posiblemente, si regresaba a La Tierra con Megso, éste podría ser intercambiado por Carlos Javier u Yok Tankse, o por ambos a la vez.

—Bien. No hay espacio más que para tres —dijo ella—. ¿Quién más quiere entrar?

Fue entonces cuando Jogro agarró a Helly del brazo, fuertemente.

—No, he captado su pensamiento. Intenta usted desobedecemos.

—¡Suéltame, estúpido! —gritó Helly, recurriendo a una llave de lucha personal, en la que estaba adiestrada.

Jogro, que no estaba construido para la lucha, fue volteado y cayó aparatosamente al suelo. Los otros hombres de ciencia quisieron sujetar a la muchacha, sin mucho éxito. Entre los reunidos se entabló una breve contienda, la cual fue terminada por Kisvo, tomando un insensibilizador y lanzando una descarga contra Helly, en el momento en que ésta se libraba de Megso y Krett.

La invisible descarga tuvo la virtud de hacer perder el conocimiento a Helly.

* * *

—¿Qué me ha sucedido?

Helly Saund miró en derredor. Una fuerte sensación de desmayo la ahogaba. La imagen borrosa que tenía ante sí se fue aclarando hasta terminar por mostrarle a Carlos. Javier, quien le tenía sujeta una mano.

—¡Gracias a Dios que has vuelto en ti, Helly! —respondió Carlos Javier —. Temí por tu vida.

—¡Oh, Carlos Javier! Estaba peleando contra...

—Sí, llegué a tiempo de verlo. ¿Por qué lo hiciste?

—¿No pueden oímos? —retrucó ella.

—No hables, pues. Te entiendo. Si quieren conocer tus pensamientos, que se molesten en leerlos... Nos han metido en esta sala. Mis guardianes se han quedado afuera. Ragma me acompañaba, pero se ha ido a ver a sus jefes. Vi cómo te sacaron de la esfera. Allí dentro tienen el «Vick».

—Sí... Acerca tu oído a mis labios, Carlos. Deseo decirte algo.

El se inclinó sobre ella. Sintió el roce de los labios de la joven en su oído.

—El «Vick» es nuestra única salvación. Si perdemos la energía acumulada allí, jamás podremos regresar a la Tierra. Esos idiotas querían descargar los acumuladores en ensayos estúpidos. Tenía que negarme.

—Bien. Te comprendo. No pienses más en eso. Encontraremos el medio de penetrar en la esfera. ¿Cómo entraste allí?

—No lo sé... Viajando a través de un denso rayo de luz.

—Muy poético. Pero debe obedecer a un procedimiento técnico. ¿Cómo te sientes?

—Me voy recuperando.

Carlos Javier se incorporó. Viéndole desde el suelo, ella le encontró mucho más alto.

— Te vi luchando, Helly. Lo hiciste muy bien. Te dispararon con un insensibilizador... Me he convencido de una cosa. Los «altanos» son fuertes sólo los creados para el trabajo. Los científicos no lo son, pero sí inteligentes. Creo que los guardianes tampoco son hércules. Si pudiera atenazar a mis cuatro...

Diciendo esto, Carlos Javier fue hacia el muro y lo aporreó con fuerza, con ambas manos. Helly se levantó. Vio que estaban en una estancia redonda, de unos diez metros de diámetro. El techo era liso y estaba situado a tres metros de altura.

—¿Qué lugar es este?

—Una sala contigua a la gran sala en donde está la esfera que contiene el «Vick». Esto es una dependencia del centro de investigación «altano».

—Aún no sé cómo abren y cierran las puertas esta gente —observó Helly.

—Controles magnéticos a distancia. Ellos comunican mentalmente un deseo a una cabina control y alguien se cuida de obedecer —replicó Carlos Javier, volviendo junto a ella.

—Temo que vaya a ser difícil salir de aquí. Y ahora que me he rebelado contra ellos, posiblemente decidan eliminarnos. Saben que no les ayudaré, a menos que sea en beneficio nuestro.

—No desesperemos.

—¿Y qué estabas haciendo aquí, tan lejos de donde te dejé?

Carlos Javier sonrió y repuso:

—Haciendo uso de mi derecho. Quería ver lo que estabas haciendo. Ragma me llevó en un ferrocarril subterráneo...

—¡Igual que a mí! ¿Y Yok?

—Se quedó en el otro lugar.

Carlos Javier no pudo continuar. Sin ruido, se descorrió una puerta, apareciendo Ragma. Detrás de él habían cuatro guardianes armados.

El científico «altano» penetró en la estancia. Los guardianes se quedaron en la puerta. Inexpresivo, como siempre, el visitante habló:

—Lo siento. El Grupo Uno ha decretado vuestro fin. Vais a regresar con Yok Tankse. Él os acompañará y os confortará en vuestras últimas horas en esta vida... ¡Vais a ser ejecutados!

—¿Nos van a matar? —preguntó Helly.

—Sí. Se os dio una oportunidad y no habéis querido aprovecharla. Yo no puedo discutir los designios del Grupo Uno.

—¿Y qué esperáis? ¿Quieres que me deje caer de rodillas y os pida perdón? —gritó Helly.

—No. La sentencia se cumplirá inexorablemente. Os ruego que me acompañéis.

Carlos Javier miró a Helly y se dirigió hacia la salida. Los guardianes, armados, le apuntaban con sus armas. Se apartaron para dejarle paso.

Ragma se situó delante de ellos y salió también.

Al llegar a la puerta, en el lugar más próximo a los guardianes, Carlos Javier saltó de costado, agarrando el arma de un guardián y alzándosela, a la vez que golpeaba ferozmente con la rodilla.

El «altano» agredido intentó defenderse. Pero el ataque fue tan rápido que antes de poder hacer nada, Carlos Javier le había derribado, quitándole el arma y presionando la placa rectangular donde había visto que los otros llevaban el dedo corazón.

Cuando esperaba que el invisible disparo hiciera caer a los otros guardianes, su sorpresa fue grande al verse, súbitamente, rodeado de un tubo de cristal, muy sólido, que pareció formarse de repente en tomo a él.

Detrás del cristal vio a Helly, envuelta también en otro tubo. Ragma había retrocedido irnos pasos y con el brazo extendido contenía a los otros guardianes, diciéndoles algo mentalmente.

Dentro de su encierro reducido, Carlos Javier pudo ver un numeroso grupo de guardianes surgir por la rampa que conducía al subterráneo. Todos venían armados. Comprendió que su intentona no había servido de nada.

—Está bien, Ragma. Os devolveré este aparato... ¿No puede oírme?

El arma que no pudo utilizar empezó a transmitir a Carlos Javier un fuerte calor y se vio obligado a soltarla. El objeto inútil quedó en el suelo. El tubo transparente' desapareció también. Y uno de los guardianes alzó su arma contra Carlos Javier, presionando la placa rectangular.

El sueño le cerró los ojos bruscamente y se desplomó junto al arma que había logrado arrebatar.

Helly Saund no corrió su misma suerte. Nadie le disparó. Al desaparecer el tubo que la envolvió, se acercó a Carlos Javier, preguntando a Ragma:

—¿Está muerto?

—No. Sólo insensible. Los guardianes le llevarán. La muerte se llevará a cabo después.

—¿No hay manera de evitarlo? —preguntó Helly, con lágrimas en los ojos.

—No. Ustedes lo han querido así.

—Puedo rectificar.

—Ya es tarde. El Grupo Uno estima que no tenemos necesidad de usted para conocer los pequeños secretos del teletransportador. Nuestros científicos lo estudiarán sin usted...

—¡Que no hagan eso!—gritó Kelly—. ¡Es una trampa! ¡Si intentan hacer funcionar el «Vick-ZR-9» este planeta será destruido! ¡Fue una argucia de

nuestros jefes!

Ragma no contestó. Estuvo mirando un rato a Helly fijamente.

Luego, se volvió a los guardianes y les dio una orden mental. Uno de ellos apuntó con su arma a la muchacha, presionó la placa rectangular y Helly sintió que la oscuridad la envolvía.

»—Jamás entenderemos a estos terrícolas —pensó Ragma—. Así debieron ser nuestros antepasados, hace millones de siglos. El progreso nos ha convertido en máquinas humanas. Ninguno tenemos iniciativa propia. Somos como partes de un todo que funciona por pura inercia.

»En cambio, ellos saben luchar, mentir, morir y negarse a ir contra sus principios. Mucho me temo que no conseguiremos nada matándolos. Detrás de estos vendrán más. Tienen el medio para llegar hasta nosotros. El peligro no les arredra... ¡En cambio, nosotros no sabemos cómo llegar hasta ellos, a menos de permanecer hibernados durante cien mil millones de años!

CAPÍTULO VI

Al despertar, Carlos Javier se encontró tendido en una mesa metálica, sujeto con abrazaderas en pies y manos. Una especie de argolla rodeaba su cuello. Ante él, se encontraba Yok Tankse, quien le miraba con rostro demudado.

También habían seis «altanos» curiosamente vestidos con túnicas plateadas y cascos de extraña forma. Pronto supo el cautivo que eran seis miembros del Grupo Uno, nombrados como comisión especial.

—¡Despierta! —estaba diciendo Yok, con ojos chispeantes.

—Despierto estoy, Yok. ¿Te has quitado ya la máscara?

—¿Qué absurdo plan es el que dice Helly? —insistió Yok.

—¿Plan?

—¡Habla, maldito seas, o tus sufrimientos van a ser inenarrables, te lo garantizo!

—No sé de qué estás hablando.

Yok Tankse parecía a punto de sufrir un colapso de locura. Se aferró a los inmóviles y desnudos brazos de Carlos Javier e intentó zarandearlo.

—¡Te hemos escudriñado la mente hasta ponértela al revés! ¿Qué es lo que sabes? ¿Tu cerebro está condicionado a la ignorancia de los planes de Helly Saund?

—¡Vete al cuerno, coronel Tankse! No logro entender lo que dices.

—¡Helly afirma que el «Vick-ZR-9» es una diabólica máquina para destruir «M-12-Altan» y toda la constelación de Andiomea! —gritó Yok, sobre el rostro de Carlos Javier.

—¿No eres el jefe del grupo? Eso debes saberlo tú mejor que yo. El general Lehmar pudo darte instrucciones secretas.

—¡O pudo dártelas a ti y condicionar tu mente al olvido hasta el momento de realizar tus planes malditos!

—No es la primera vez que Enrique Lehmar lleva a cabo una operación así, sacrificando a dos de sus agentes —respondió Carlos Javier, con una cínica sonrisa—. ¿Qué hacen esos espantajos ahí?

—¿No quieres contestar? —insistió Yok.

—Si mi mente está condicionada, ¿cómo quieres que lo haga? Eres un terrícola muy raro, Yok.

—¡No soy terrícola! ¡Me llamo Ikon! Me apoderé de Tankse en Klomo y desde entonces he estado sirviendo a los míos. Sólo mi cuerpo es terrícola. Pero mi mente es «altana».

—¡Ah, Lehmar tenía razón! No me extraña que ese plan sea real.. Aquí, por lo que parece, vamos a terminar mal.

—Yo os puedo salvar, capitán Martín. Podéis ser los únicos terrestres que sobrevivan, en todo el Universo, a vuestra raza. Es un privilegio importante.

—No te entiendo.

—El Grupo Uno ha decretado la destrucción de la Galaxia Vieja, haciendo estallar un sol gigantesco, situado cerca de la Vía Láctea. Lo que eso representa para vuestra raza es una hecatombe.

—Eso no hay nadie capaz de hacerlo —respondió Carlos Javier.

—Nosotros sí. Y lo haremos antes de correr el riesgo de ser invadidos por vuestros teleportadores.

—¡Ah, entiendo! ¿Veis el peligro, eh?

Yok parecía que iba a responder, pero se volvió de pronto, reclamado por la mente de uno de los seis miembros del Grupo Uno, quien le ordenó:

»—Déjale, Ikon. Estamos persuadidos de que este sujeto no sabe nada. Hay alguien detrás de todos vosotros que mueve los hilos con sutileza.

»—Desde luego. Os dije que el general Lehmar es el mismo diablo. Su astucia no puede ser igualada.

—Yok —llamó Carlos Javier, ahora convencido de que el coronel oriental era un traidor, dado que podía entenderse mentalmente con los «altanos»—, escucha.

El otro se volvió.

—¿Qué quieres?

—Si eres uno de ellos, te propongo un trato.

—¿Qué trato?

—El más justo. Haced que nos sea devuelto Yok Tankse, esté donde esté. En realidad, nosotros no somos un inmediato peligro para vosotros. Lehmar sabe que dentro de mil años, tal vez, en los planes de extensión terrestre entre en llegar hasta Andiomea. Nuestra misión era un simple tanteo informativo.

»En otros mundos ha ocurrido algo así. Nos dejáis ir. Nosotros os respetaremos, si nos respetáis.

—¡La Junta de Gobierno está dominada por la megalomanía terrestre! ¡Durante siglos os habéis creído los reyes de la creación, los hijos predilectos de Dios! ¡Nosotros somos como animales a vuestros ojos!

»—No te obceques, Yok o Ikon. Eso no es cierto. Recuerda la historia de los «martos». Nos quisieron destruir y se destruyeron. En cambio, infinidad de razas del Universo tratan con nosotros amistosamente, sin que «urjan dificultades.

—¡Entre nuestras razas surgirán dificultades! —gritó Yok, enérgicamente.

—Porque vosotros las habréis provocado —remarcó Carlos Javier—. Y no me extrañaría que Lehmar, anticipándose a vuestros perversos planes, os haya hecho una de sus jugarretas apocalípticas.

Yok fue a replicar, pero se mordió los labios. Su aspecto humano le permitía reaccionar como tal. Se volvió al «altano» que había junto a él y se enfrascó en otro diálogo mental, que Carlos Javier no pudo entender, por no poder oír.

»—Me temo que no vamos a conseguir nada con este individuo, Alfo. Y si le matamos, puede ser peor. Me consta que el jefe de la «O.E.» no sacrificaría

a ninguno de sus agentes, a menos que sea necesario.

—¿Qué sugieres, pues?

»— No lo sé. Este hombre no sabe nada de los planes de su jefe. Si alguien sabe algo es ella, la mujer.

»—¿Y cómo hacerla decir la verdad?

»— Los registros mentales no indican que exista peligro inmediato alguno. Si existe, ella no lo conoce. Sin embargo, la cuestión es delicada y no me atrevo a sugerir una acción inmediata. Es evidente que los tres hemos estado actuando individualmente. Sabemos lo bastante de los métodos del jefe de la «O.E.» para deducir que puede ocurrir algo grave.

»—Comprendemos —replicó Alfo, hablando en su nombre y en el de los otros miembros de la comisión—. El caso es grave. Empiezo a darme cuenta de las sutilezas que hay en lo que ellos llaman el alma humana. Son muy complejos los terrícolas.

»—Demasiado complejos —contestó Yok Tankse.

* * *

Carlos Javier se despertó. Ignoraba cuánto tiempo había estado dormido. En aquel extraño mundo, igual pudo estar unas horas dormido como cien años. Esto, en realidad, no le preocupaba.

Se sorprendió, sin embargo, al darse cuenta de que yacía sobre una especie de lecho de espuma. Al levantar la cabeza, se dio cuenta de que no estaba sujeto a las argollas. También supo que no estaba muerto.

Otra sorpresa fue ver un lecho semejante al suyo, situado a irnos dos metros, sobre el que yacía Helly Saund, cubierta por la túnica blanca.

De un salto, Carlos Javier se incorporó, acercándose a su compañera.

La sacudió del hombro, hasta hacerla agitarse y abrir sus grandes y bonitos ojos.

—Helly.

—¡Oh, Carlos Javier!... ¡Me duele mucho la cabeza!— Ella frunció el ceño y se llevó una mano a la frente—. ¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé. Mentiría si te dijese algo. Aquí vamos del sueño a la realidad como si formásemos parte de un juego idiota. Algo me hace pensar en otras cosas.

—¡Oh, Carlos Javier —exclamó Helly, sonriendo—; tus palabras me hacen muy feliz! ¿En qué quieres que pensemos?

—No sé si lo he soñado o no, pero el coronel Yok

Tankse se ha quitado la careta. Dijo llamarse Ikon y ser «altano». También me ofreció el privilegio de ser, tu y yo, los únicos supervivientes de nuestra altiva raza. Parece que en sus proyectos hay algo para destruir el Sistema Político Solar...

Carlos Javier continuó diciendo a Kelly todo lo que averiguó por Yok. Al concluir, añadió:

—Creo que están asustados. El hecho de habernos reunido de nuevo

obedece, sin duda, a un nuevo estudio, en vivo, de nosotros. ¿Qué les has dicho, que ellos sepan y yo no?

—No quiero que destruyan el «Vick-ZR-9» —replicó—. Es nuestro único medio para regresar a la Tierra. Tampoco puedo permitir que en pruebas idiotas consuman toda la energía de los acumuladores... ¡Ah, les dije que Shape Levy colocó un multirradiador conectado a un reactor en cadena!

—¿Quién es Shape Levy? —preguntó Carlos Javier.

—El jefe del Instituto Científico de Peoría. Cuando se envía un teletransportador a un mundo lejano y desconocido, suele colocar un dispositivo secreto de autodestrucción. El general Lehmar quiso que este-dispositivo fuese mucho más potente qué otros.

—¿Es cierto eso? —preguntó Carlos Javier, palideciendo.

—Sí —asintió Helly—. Ése era mi secreto. No debía olvidarlo, por lo que se me condicionó la mente a estado subletárgico. Un examen normal no revelaría el secreto; pero un examen a fondo lo pondría al descubierto.

—¡Ahora comprendo porqué el general Lehmar ha estado jugando con Yok!—prorrumpió el agente español, con desaliento.

— Era simple. Si lográbamos obtener lo que perseguíamos, los mismos «altanos» nos facilitarían las cosas para que pudiéramos volver a La Tierra. A ellos no les interesa en modo alguno tener aquí un artefacto que puede destruir todos los mundos de su galaxia.

—Si, algo de eso. Pero, ¿y si los «altanos» anulan esa desintegración en cadena? —quiso saber Carlos Javier.

—¡Que no lo intenten! —exclamó Helly, en voz alta, como si estuviesen dirigiéndose a los «altanos» que debían estar escuchando la conversación a través de cámaras de televisión ocultas—. ¡Sería el fin de todos nosotros!

—Espero que no sean tontos... ¡Y, desde luego, no son muy listos!

* * *

Les sacaren de su encierro tinas horas después. En esta ocasión no acudieron los guardianes. Sólo se presentó Ragma, pues era el científico que mejor se expresaba en lenguaje terrícola.

Al descorrerse la puerta, Carlos Javier, que había estado besando a Helly, se volvió, gritando:

—No molestéis ahora, estúpidos. Estoy muy ocupado.

—Lo siento —se disculpó Ragma—. El Grupo Uno está reunido y os espera.

—¿Qué es el grupo uno? —inquirió Carlos Javier, levantándose.

—Una especie de junta de gobierno, como la vuestra.

—Pues que sigan esperando —contestó Carlos Javier, sin moverse de al lado de Helly.

Algo decía a Carlos Javier que las circunstancias habían cambiado notablemente en sus relaciones con los «altanos». Y creía saber la causa. Estaba convencido de que Yok Tankse o Ikon había fracasado. Ahora, la

inquietud se había apoderado de los «altanos». Ya no debían pensar en ejecutarles, sabiendo que tenían la destrucción en su propia casa.

La certeza de que esto era así la tuvo al salir, junto con Helly, y no ver a nadie en la gran sala de trabajo. Los guardianes también habían desaparecido.

—¿Qué, se han suspendido los programas de fabricación de «altanos» o han dado orden de evacuación?

Ragma no contestó. Guió a la pareja hacia un ascensor iónico, que les condujo a los tres a una sala de características extraordinarias. Pudieron ver una nave espacial esférica, posada sobre una vía de lanzamiento magnético. El tubo de disparo estaba situado a unos doscientos metros.

En la misma sala habían más de cien vías de lanzamiento, pero todas estaban vacías.

Se acercaron a la única nave. Dos «altanos» con clámides azules, de pilotos especiales, les aguardaban. Ragma debió comunicarles algo mentalmente, porque dejaron pasar a Carlos Javier y Helly, conduciéndoles, por un pasillo circular, hasta la cabina de navegación, donde les ofrecieron asientos extensibles.

Ragma se tendió entre ellos.

—¿Vamos a otro mundo, Ragma?

—Sí. La Comisión de Seguridad ha decidido evacuar «M-12-Altan». Vamos a los confines de Andiomea.

Los dos pilotos se situaron ante los mandos de la nave. Cuando los dispositivos magnéticos se pusieron a funcionar, los pasajeros sólo percibieron una leve sacudida. Instantes después, a través de la pantalla telescópica, pudieron ver el universo estrellado, inmenso, negro y manchado de puntos brillantes.

—¿Durará mucho el viaje? —preguntó Helly.

—Unas horas.

—¿Por qué no enfilamos hacia La Tierra? —ironizó Carlos Javier.

—Tardaríamos cien millones de años en llegar... No llegaríamos... Escucha, Carlos Javier Martín, no estamos para bromas. En nuestros mundos se está produciendo un retroceso increíble. Todo es debido a lo que habéis traído consigo. «M-12-Altan» será, a partir de ahora, un mundo muerto.

«Nos interesa pactar con vosotros. De eso os quiere hablar el Grupo Uno.

—De eso estoy dispuesto a hablar con vuestros jefes, Ragma —contestó Carlos Javier, seriamente—. Debéis saber que en nuestros planes no había ni siquiera el más mínimo interés en venir a visitaros. Tampoco nos interesa el intercambio comercial. Somos razas que estamos inmensamente separadas por los grandes abismos siderales. Ni para dentro de mil años nos podía interesar venir hasta vosotros. Jamás os necesitaremos, porque vosotros no representáis un adelanto en nuestro progreso. Un atraso, sí.

»Pero vuestras naves han llegado a mundos próximos a nosotros. En Klomo capturamos una. Y su único tripulante, hibernado desde sólo Dios sabe cuánto tiempo, lo primero que hizo fue la tontería mayor que puede concebir

mente estúpida y retrógrada como la vuestra. Aguardó la llegada de uno de nuestros jefes y se apoderó de él. ¿No ocurrió así, Ragma?

—Si, es cierto. Ikon recibía órdenes del Grupo Uno.

—¿De qué os quejáis ahora si os salen mal las cosas? —insistió Carlos Javier—. Os suponéis muy listos porque fabricáis seres especializados. Es una gran ciencia la vuestra. Permíteme decirte que en nuestras granjas rurales hace cientos de años que nosotros reproducimos animales más complicados que vosotros... ¡por medios naturales!

De haber sido un terrestre, Ragma se habría mordido los labios. No lo era y se limitó a decir:

—¿Sería mucho pedir que nos explicaseis cómo, teniendo con vosotros esa máquina de poder tan destructivo, nuestros detectores encefaloscópicos no lo hayan detectado al principio?

—A eso puede responderte yo, Ragma —intervino Helly—. No somos más que peones de una complicada máquina que dirige la «Oficina Extragaláctica». Nuestras mentes son tratadas y condicionadas en estado subletárgico. Y es un hombre inteligente quien dirige toda la «Operación Altan».

»La verdad es que Carlos Javier ignoraba todo esto. Lo ha sabido después. Yo tampoco lo sabía. Esas instrucciones me habían sido dadas en estado subconsciente. Sólo en determinado momento de peligro podía recordarlas.

—El peligro es para nosotros. Andiomea puede desintegrarse con un simple chispazo que se origine en «M-12-Altan».

—¿Y no tenéis medios para atajar ese peligro? —inquirió Carlos Javier.

—No. Tus jefes saben perfectamente lo que hacen. Vamos a vernos obligados a modificar nuestras impresiones sobre vuestra raza.

—Eso debisteis hacer antes de enviar las naves espías— remarcó Helly.

—El mal ya está hecho. Ahora, el Grupo Uno desea llegar a un entendimiento con vosotros. Saben que cambiar dos agentes por la vida de sesenta mil millones de «altanos» es la única solución que nos queda.

—Exigiremos reparaciones —añadió Carlos Javier.

—Se os darán, seguramente. El Grupo Uno sólo me ha pedido que os lleve a su presencia. Naturalmente, yo participo de las inquietudes de todos mis coterráneos.

—Entonces, ¿no estamos prisioneros?

—No —repuso Ragma.

—¿Dónde está Yok Tankse?

—Encerrado por orden del Grupo Uno. Se le acusa de alta traición.

—¡Bah, eso es anticuado! Es mejor acusarle de imbécil. Su pobre cerebro osó medirse con el de Lehmar. Pero su cuerpo pertenece a Yok Tankse. ¿Nos lo devolverán?

—Es posible. Todavía no se ha aclarado ese aspecto. De momento, las dos medidas urgentes tomadas por el Grupo Uno han sido evacuar «M-12-Altan» y los mundos más próximos y encerrar a Ikon.

Uno de los pilotos se volvió, mirando a Ragma. Debió decirle lo que éste tradujo casi inmediatamente:

—Me comunican que estamos llegando a nuestro destino. Vamos a tomar tierra. Tiéndanse y no sufrirán vértigo alguno.

Carlos Javier y Helly obedecieron, imitando a Ragma, que se tendió sobre el extensible, cerrando los ojos.

A los pocos minutos, Ragma añadió:

—Ya hemos llegado.

—Se viaja aprisa aquí.

Sin responder, Ragma se levantó y fue hacia la puerta del pasillo circular. Uno de los pilotos accionó un mando a distancia y la puerta se descorrió.

Siguiendo a Ragma, los dos terrícolas descendieron a una enorme nave de techo abovedado, en donde habían millares de naves semejantes a la que les había traído a ellos allí. Vieron también numerosos pilotos y obreros «altanos» que trabajaban en el acondicionamiento del espaciodromo subterráneo. Habían algunos guardianes y científicos, pero nadie parecía prestarles la más mínima atención.

—¿Qué mundo es éste? —preguntó Helly.

—Altan-Uno, cuna de nuestra civilización. Van a ver muchos seres aquí. Ello es debido a las medidas de evacuación. Estamos superpoblados.

—Nadie parece interesarse por nuestra llegada —añadió Kelly—. Pensé que seríamos recibidos por una inmensa muchedumbre.

—Todos tienen sumo interés ahora por ustedes dos. Pero nadie lo exterioriza. Es nuestro modo de ser.

—Esto viene a ser como una gran colmena —apuntó Carlos Javier.

Cerca de donde habían descendido había un curioso vehículo de discos heliconcéntricos. Un piloto-conductor estaba ante los mandos. La cúpula transparente estaba alzada.

Ragma les invitó a subir y sentarse. Nada más lo hubieron hecho, ante las impasibles miradas de los otros pilotos, el vehículo cerró su cúpula y se puso en marcha.

—¿Vamos directamente a ver al Grupo Uno? —preguntó Helly a Ragma.

—Sí. Les dije que nos esperaban.

El vehículo tomó una rampa subterránea, inclinándose, al parecer, peligrosamente en una curva.

—Las ciudades que construimos ahora son más modernas —se excusó Ragma—. No se alarmen. Llegaremos a nuestro destino sanos y salvos.

Desfilaron a gran velocidad por una serie de corredores difusamente iluminados. Existían tramos rectos, que el vehículo enfilaba a considerable velocidad, dirigido por el hábil piloto.

Al fin, el pasillo subterráneo terminó en una enorme plaza, en el centro de la cual había un edificio plateado con remembranzas de castillo medieval terrestre.

En torno a la plaza se veían muchos guardianes, cobrizos, desnudos y

provistos de armas extrañas y no todas iguales.

—Aquí se mezcla lo antiguo y lo moderno, ¿verdad?— preguntó Carlos Javier.

—Sí. Aquí hay «altanos» que tienen más de quinientos años.

—¿Tanto viven ustedes?

—Unos dos mil años, aproximadamente. Luego aparecen los primeros síntomas de desgaste y es preciso sacrificarse para que de nuestra materia puedan surgir nuevos seres —informó Ragma.

CAPÍTULO VII

El castillo de Kaen estaba considerado como el edificio más suntuoso y antiguo de la arquitectura «altana». Había sido reconstruido en el interior de Altan, cuando la invasión de espongiorios procedentes del espacio obligó a sus moradores a instalarse en el subsuelo.

Habían transcurrido muchos siglos desde entonces. Los «altanos» conquistaron otros mundos, pero no pudieron librarse de las diminutas esponjas que cubrían sus planetas, así como tampoco pudieron recuperar la atmósfera destruida por aquellos insignificantes zoolitos.

Carlos Javier y Helly, guiados por Ragma, pudieron admirar la maravillosa arquitectura flotante del castillo. Incluso encontraron cierto parecido en los puentes y pasos elevados con las puertas levadizas del medievo terrestre. Los fosos, empero, estaban protegidos por campos de alta tensión voltaica y cruzarlos sin la debida autorización era hacer oposición a morir carbonizado.

Cruzaron arcos impresionantes, subieron escaleras que parecían ele acero y terminaron ante la portalada de una sala inmensa. La guardia disponía allí de armas muy distintas a las que solían llevar los guardianes callejeros.

Vieron grupos de tres sosteniendo algo parecido a trípodes provistos de pantallas concéntricas.

—¿Qué es eso?

—Desintegradores de masas —contestó Ragma—. Un rayo de esas máquinas puede eliminar a millares de posibles atacantes. No se usan para nada, porque los hombres alados que solían atacamos hace siglos, cuando no éramos corno ahora, han desaparecido. Se conservan estas armas por tradición.

Un ujier o chambelán les recibió en la puerta de la sala del Grupo Uno. Les hizo una reverencia y les invitó a pasar. El gran salón estaba desierto aún, pero en su centro había una especie de curiosa tribuna, con un asiento circular, metálico.

—¿Y el Grupo Uno? —preguntó Carlos Javier—. Creí que nos estaba esperando.

—Así es. Pronto los verán —dijo Ragma—. Vayan ahora hacia el estrado y siéntense. Los veinticinco componentes del Grupo Uno no tardarán en salir.

El ujier llevó a la pareja terrícola hasta su estrado, indicándoles que tomaran asiento. Luego, se retiró inclinando la cabeza y haciendo reverencias.

Debió abandonar el enorme salón, porque todo quedó en silencio durante unos minutos. Luego, en torno a ellos, un segundo circular del suelo empezó a deslizarse, dejando al descubierto una especie de foso. Cuando todo el segmento se hubo replegado, desapareciendo, del agujero dejado en, el piso ascendieron, sentados detrás de su mesa circular, los componentes del Grupo

Uno.

No fue el sitial de Carlos Javier y Helly el que giró, sino la mesa circular en donde estaban sentados los componentes del Grupo Uno la que giró en torno a la pareja, la cual pudo examinar, sin moverse, las facciones exactamente iguales de todos aquellos individuos, en cuyas mentes estaba el destino de los «altanos».

La gran mesa circular terminó de girar. Sobre todos ellos se habían encendido fuertes luces blancas y tanto los terrestres como los «altanos» parecían encontrarse inmersos en un cono de luz difusora.

Un «altano» habló en «grife»:

—Oídme, mensajeros de la gran raza terrestre, cuna de conquistadores y sabios, de mártires y ascetas, de pensadores y guerreros... Yo, Make, Consejero del Grupo Uno, os hablo.

—Y yo te escucho, Make —respondió Carlos Javier, en tono suave—. Podemos dejamos de protocolo e ir directamente al asunto que nos atañe. Sospecho que nos habéis traído aquí porque tenéis algo que decirnos. Creo haber oído que nos habíais condenado a morir desintegrados. ¿A qué se debe este cambio?

—Necesidades de supervivencia nos han obligado a ello —observó Carlos Javier que el individuo oráculo se expresaba mucho más correctamente en «grife» que Ragma, Kado y los otros. Debía ser un doctor en lengua terrícola —. Dejémonos de explicaciones. Ragma os ha dicho lo que ocurre. Ingenuamente, hemos dejado que un artefacto destructivo llegue hasta nosotros. Diré más: habíamos planeado destruir la Galaxia Vieja, desequilibrando su estructura molecular con la destrucción de un superastro llamado Klito.

«Estábamos convencidos de que vuestra raza era inferior a la nuestra, porque somos más viejos, tenemos más conocimientos y somos capaces de reproducirnos por medios artificiales.

«Nuestras historias son similares a las vuestras.

Del estado primario hemos llegado a lo que consideramos perfección. Hemos seguido caminos semejantes a los vuestros y sabemos de vosotros mucho más de lo que vosotros sabéis de Altan.

»Sin embargo, hemos cometido muchos errores. Y estamos dispuestos a rectificarlos, si nos dais ocasión.

— No encontraréis raza más benigna y considerada que la nuestra — replicó Carlos Javier—. Si nos amáis seréis amados. Ese ha sido el principio básico de nuestro progreso. Eso ha sido la ley que ha marca do nuestro desarrollo. Amistad para el amigo, guerra al enemigo. Lo demás han sido engaños, subterfugios, traiciones y deslealtades. Entramos en contacto con razas que nos ofrecieron su amistad para luego, al conocemos mejor, despreciamos y rebelarse contra nosotros. Nos ha costado mucha sangre esta clase de guerras por traición. Pero la raza terrestre es guerrera. Y unas veces hemos perdido en la lucha, replegándonos, para atacar después, con mejores

armas. Hemos estado a punto de desaparecer, incluso.

«Así somos y así seguiremos. Pero no somos una raza despótica. Nos guía el anhelo de conocer el universo entero. Ese es nuestro objetivo. Queremos poblar todos los mundos posibles. Necesitamos materiales para nuestro crecimiento, ayuda y mano de obra, medios de transporte y energía.

«Esto es lo que pedimos. A cambio, damos todo lo que nos es posible dar. Pero, haciendo historia, nosotros no hemos llegado a Andiomea con ánimos de conquista. En nuestros planes de crecimiento y expansión no entraba aún el establecer contacto con vosotros. Nuestra Junta de Gobierno tenía en estudio ese proyecto para dentro de mil años, poco más o menos.

«Sabíamos de vuestra existencia por medios de penetración sideral indirecta. No podíamos estudiaros porque estabais encerrados bajo tierra, ni nos era posible escuchar vuestras conversaciones mentales. Sabíamos, sin embargo, que estabais aquí.

«Pero no hubiésemos venido si vosotros, mal aconsejados, no enviáis vuestras naves a espiamos, a capturar a nuestros jefes, apoderándose de sus mentes e induciéndonos a precipitar nuestros planes de información.

«Podréis decir que hemos sido astutos. Y yo no lo he sido, sino mi jefe, al que ninguna raza del universo puede engañar. Estoy seguro de que mi general Lehmar sabía mucho más de lo que dijo acerca de vosotros. Él no podía cometer un error tan grande como el de sacrificar a la Humanidad provocando vuestra destrucción de Klito y arrasando nuestra Galaxia...

«El General Lehmar jamás habría cometido un error de este tamaño. En cambio, vuestro agente Ikon sí cometió el error de creerse superior a nosotros.

—Nosotros no cometemos errores. Todo ha sido estudiado y comprendido —replicó Make, alzando la mano, para interrumpir a Carlos Javier, cuyo brillante discurso, además de maravillar a Helly, estaba asombrando a los miembros del Grupo Uno, a los que era simultáneamente traducido en ideas —. Ha ocurrido, sin embargo, que vosotros poseéis muchas mentes y podéis guardar secretos que a otros de vosotros se le ocultan. Lo que piensa un «altano» es difundido en el acto a todos los demás. Nosotros tenemos un solo cerebro, multitudinario. Vosotros sois una multitud de cerebros distintos.

—Admitido —dijo Carlos Javier—. Ésa es la diferencia entre «altanos» y terrestres. Nosotros somos cada uno un individuo distinto. Vosotros todos sois iguales.

«Por esa razón, con medios científicos de subcondicionamiento mental, Helly Saund pudo traer una máquina que habría provocado la destrucción total de vuestros mundos.

—¡De eso queremos hablar!—pareció clamar Make, poniéndose en pie y señalando a Helly—. ¡Os dejaremos ir, si os lleváis con vosotros el teletransportador!

—No soy yo quien debo decidir sobre ello —respondió Helly, dignamente —. Mis jefes me hicieron cumplir la misión. Creo haberla cumplido, pero la verdad es que lo ignoro, puesto que ignoro asimismo si hacer lo que he hecho

era la finalidad de mi misión.

—¡Os dejamos en libertad de regresar a vuestro mundo, a cambio de llevarse de aquí esa máquina infernal!

—No. Yo creo interpretar el sentir de mi jefe, el general Lehmar Y esa máquina aniquiladora de mundos, debe permanecer aquí.

—¡Eso sería nuestro fin! —replicó Make—. Y antes de sucumbir, nosotros destruiremos Klito y desequilibraremos la Galaxia Vieja.

—Hace tiempo que estuve en la escuela —contestó Carlos Javier—. Allí me enseñaron una ecuación de tiempo-espacio—. De nuevo, el agente terrestre miró a Helly, como esperando aprobación de ella—. Si vosotros pretendáis destruir Klito, posiblemente también destruiréis la Galaxia Vieja o Vía Láctea. Pero de una destrucción a otra transcurrirán diez mil años. ¿Y dónde estará entonces la Humanidad?

Se hizo una pausa dramática dentro de la gran sala. Todos los reunidos bucearon en sus mentes buscando la respuesta a la pregunta de Carlos Javier. Fue éste quien respondió en voz alta:

—La Humanidad habrá tenido tiempo de trasladarse a otro Universo-Isla, a cientos de millones de años luz. Pensad en que disponemos de máquinas de traslación material instantánea... En cambio, vosotros, con esas máquinas primitivas, seréis aniquilados por el estallido de un simple reactor que pulverizará, en cadena, todos los mundos de Andiomea.

»No, ese no es el camino y lo sabéis —prosiguió Carlos Javier, consciente del efecto que causaban sus palabras entre los miembros del Grupo Uno—. Queremos paz y respeto, pero en condiciones de igualdad. Si nosotros retiramos el artefacto colocado en «M-12-Altan», ¿quién nos asegura que vosotros no enviaréis un torpedo sideral contra Klito?

—Estamos dispuestos a firmar ese pacto, a sellarlo y a respetarlo mientras tengamos vida —dijo Make.

—Vuestra vida es efímera, como la nuestra. Pueden venir otros pensadores «altanos» y faltar a vuestro pacto. Por eso, el «Vick-ZR-9» y su carga secreta debe permanecer aquí, como permanece Klito amenazando a los mundos de nuestro Sistema. Eso creará el respeto mutuo, y ante ese principio, nuestras razas podrán pactar.

Los «altanos» habían deliberado ya al respecto. La inmediata evacuación de las proximidades de «M-12-Altan» era una prueba fehaciente. Todo lo demás eran escarceos para obtener más ventaja de la que esperaban. Ahora sabían que los agentes llegados de la Tierra no eran animales primitivos, sino miembros de una raza poderosa y culta, astuta y peligrosa, con la que valía la pena tener tratos de amistad en vez de buscar la dominación.

—¿Es vuestra última condición? —preguntó Make, con voz tonante.

—Sí. Por nosotros, sí. Nuestros jefes, sin embargo, pueden modificar este pacto personal. Nosotros regresaremos a La Tierra, pero el reactor de desintegración en cadena, permanecerá aquí y podrá ser detonado desde nuestro mundo. Eso es a cambio del peligro que nos amenaza desde Klito.

»Ahora bien. Queremos el cuerpo de Yok Tankse y su mente. Ikon habrá de volver con nosotros a la Tierra y, una vez allí, reintegrarse a su propio cuerpo.

La duda pareció extenderse entre los miembros del Grupo Uno, cuyo portavoz no tardó en levantarse otra vez y declarar:

—Eso no será posible, capitán Martín.

—¿Por qué?

—Ikon ha sido ejecutado por traición y el cuerpo del coronel Yok Tankse ha sido desintegrado.

* * *

Ikon había sido apresado por orden de Alfo, al término de su intento de hacer confesar a Carlos Javier lo que ni siquiera sabía éste. Sometido a un intenso interrogatorio mental, se le encontró responsable de haber actuado por su cuenta cuando se hallaba lejos del control de sus semejantes. Y esto era tanto como actuar contra «natura».

Ikon había cumplido en parte su cometido. No pudo hacer otra cosa. Sustituyó a York Tankse y todo lo llevó a cabo con perfecta maestría terrestre. Luego, ya en su ambiente, en su mundo y con los suyos, se dio cuenta de que no era terrestre ni «altano». Los terrestres le habían vencido. El descubrimiento realizado en Helly Saund le dejó aterrado y su fracaso se manifestó con tanta fuerza que se asustó. Intentó por todos los medios hacer decir a Kelly que su declaración no era cierta. Lo mismo quiso hacer con Carlos Javier, al que llegó a sujetar con abrazaderas metálicas, amenazándole de muerte, como si esto hiciese temblar a un hombre que había arrastrado los mayores peligros.

Fracasó.

Y el fracaso entre los «altanos» no podía ser disculpado. Era un «tarado», no se podía confiar en él.

—Lo siento, Ikon —le dijo Alfo, al salir de la deplorable entrevista con un imposibilitado Carlos Javier—. No sólo estás tú en manos de ellos, sino que nos han puesto a nosotros también. En esas condiciones, no debiste llegar aquí.

—¡Haré que se lleven esa máquina infernal! ¡Son astutos, Alfo; dame tiempo y los convenceré! ¡Hay que dejarlos ir!

—Se irán, pero su mecanismo destructor se quedará aquí. Lo han enviado para tenemos amenazados.

—¡Volveré a La Tierra y haré que se lleven eso de aquí! —suplicó Ikon.

—No. Ya es tarde. Buscaremos otra solución.

—¡No puedes hacerme eso, Alfo! ¡Soy igual que tú!

—Eres distinto a nosotros... ¡Es necesario destruirte!

Alfo recurrió a los guardianes, quienes dispararon contra Ikon, insensibilizándolo. No pudo hacer nada por defenderse. Ni siquiera iba armado.

Cuando Ikon recobró la consciencia, se encontró ante los miembros de un tribunal técnico. Allí estaban Kado, Heef, Veren y otros. Eran hombres de ciencia, fabricantes de «altanos». Se les había ordenado destruir a Ikon, y tenían un problema. Ikon estaba unido a un cuerpo terrestre.

—Hemos pensado hibernarte, Ikon. No tenemos derecho a destruir un ser que no nos pertenece.

—Si me destruís, destruiréis al coronel Yok Tankse, y eso no os lo perdonarían los terrestres!

—No, Ikon. Vas a pasar a ocupar un cuerpo de «altano» recién construido. Tu cerebro está capacitado para abandonar el cuerpo del coronel Tankse. Una vez en tu cuerpo, te desintegraremos.

—¡No, no podéis hacerme eso! ¡Mi muerte repercutirá en todos vosotros!

—Se realizará en una cámara de desintegración enteramente aislada. No debes preocuparte, Ikon.

—¡No quiero morir! —clamó la mente y la voz de aquel ser mixto, intentando rebelarse contra lo que consideraba una injusticia—. ¡Yo no he sido un traidor para vosotros! ¡Quiero vivir, aunque sea como obrero o guardián!

—No puede ser.

Ikon intentó agredir a sus jueces. Se lanzó sobre ellos, pero de la sombra surgieron dos «altanos» obreros, cuya fuerza descomunal logró imposibilitar al desesperado.

Kado dio las instrucciones mentales y el infortunado fue conducido a la sala de fabricación, donde se le introdujo en una cámara en forma de ataúd. Una vez allí, por control distante, le sometieron a un tratamiento extraño, previamente ensayado, y, no sin esfuerzo, los científicos lograron despojar al cuerpo de Yok Tankse de la mente de Ikon, la cual fue albergada en un recipiente de cristal.

Yok Tankse quedó entonces enteramente inanimado. Carecía de cerebro y voluntad, aunque tuviese la materia encefálica capaz de albergar ambas cosas. Era un muerto con corazón latente, un «monstruo» sin intelecto.

Por su parte, la mente de Ikon fue albergada poco después en un cuerpo de «altano» recién fabricado. En pocas horas, Ikon había recobrado su primitiva personalidad. Lo que había quedado de él en el Sistema Político Solar era semejante a lo que quedaba de Yok Tankse.

Con su nuevo aspecto, consciente de la gravedad de lo que iban a ensayar con él—¡la muerte por desintegración! —, Ikon fue llevado a una cámara isotérmica, rodeada de cátodos de alta radiación.

Cuando le obligaron los obreros a sentarse dentro de su cámara de muerte, ya estaba vencido y no opuso la menor resistencia. Ni siquiera había habituado su nuevo cuerpo al movimiento. No se esperó a que estuviese aclimatado. La orden de ejecución era apremiante. De haber existido en Altan historia de la justicia, aquel habría sido el primer caso de condena a muerte de la época moderna, o sea dentro de los últimos trescientos mil años.

No había más que una ley y era la decisión irrevocable del Grupo Uno.

En su nombre, Kado pulsó la palanca que puso en movimiento la tensión desintegradora dentro de la cámara. Ikon se crispó, fulminado, para derretirse inmediatamente como si hubiese sido un pedazo de cera sometido a un intenso tratamiento térmico.

¡Ni siquiera humo quedó de él!

Ikon había pagado el error de no avisar o prevenir el peligro en que ponía a su raza, aceptando la misión encomendada por el general Lehmar. Un «altano» en misión informativa no debió equivocarse tanto.

* * *

—¡Pero no teníais derecho a destruir el cuerpo de un terrestre! —gritó Carlos Javier, fuera de sí—. Esa acción, tomada por acuerdo unilateral, sin consulta previa, es lo único que puede ocasionar graves trastornos en nuestras futuras relaciones diplomáticas... ¡No tenéis derecho a disponer de alguien que no es de los vuestros!

Make fue a replicar, pero debió recibir una rectificación mental, porque se sentó y estuvo unos minutos erguido, con el aspecto de los «altanos» que meditan, actitud ésta ya familiar para Carlos Javier, ’ quien había estudiado detenidamente a sus anfitriones.

—No, rectifico —habló Make, de pronto—. El cuerpo, sin mente del coronel Yok Tankse, ha sido conservado.

—No logro entenderlo. ¿Quién era Yok Tankse? —preguntó Helly—. ¿Es cierto todo lo que me has dicho de él?

—Sí. Yok Tankse estaba usurpado por una mente «altana» que se apoderó de él. Pertenecía a un individuo llamado Ikon, cuyo cuerpo se encuentra en un laboratorio de Klomo, en manos de nuestros científicos, los cuales sólo han podido averiguar de él muy poca cosa.

—Ikon ha sido introducido en un nuevo cuerpo y desintegrado. El cuerpo inerte de Yok Tankse está a disposición de ustedes —dijo Make.

—¿Y su mente? —inquirió Carlos Javier.

—Debido a una combinación síquica-metafísica, Yok Tankse ha quedado liberado. Para recobrar su antigua personalidad, hay que llevar su cuerpo a Klomo y reintegrarle la porción mental que quedó en el Ikon dominante.

»En el momento en que Yok Tankse vuelva a ser quien era, el cuerpo que tienen ustedes de Ikon fallecerá y se corromperá como un cadáver.

—Entonces, ¿es posible que Yok Tankse vuelva a la vida?

—Sí. Así me lo ha comunicado Ragma, que es el portavoz de los científicos «altanos». Por lo tanto, deliberado este Grupo Uno, cuya decisión es irrevocable en todo el sistema «altano» hemos decidido someter a vuestros jefes una súplica de disculpa. Retiraremos todos los agentes de información que enviamos hace quince mil años a explorar el espacio extrasideral y aceptaremos visitas diplomáticas de vosotros, por medio de la teleportación. Nuestra intención es conservar el aparato que puede causar nuestra

destrucción, porque vosotros seguís amenazados por Klito.

—Bien, todo eso me parece justo —admitió Carlos Javier—, Pero no soy yo quien debe decidir. Regresaré a la Tierra y la decisión de mis jefes les será comunicada. Ahora, les ruego que me lleven, con mi compañera y el cuerpo de Yok Tankse, hasta la máquina teletransportadora situada en «M-12-Altan». Deseamos volver cuanto antes a La Tierra.

—Vuestro deseo será cumplido. No queremos entrar en guerra con vuestra raza —terminó Make.

Éste era el sentir de los «altanos». La destrucción de su raza, puesta de manifiesto por la mente de Helly y la observación llevada a cabo por los técnicos «altanos» les decidió al sometimiento. A nadie beneficiaba el aniquilamiento de dos galaxias que podrían desequilibrar el universo... ¡A tanto habían llegado los hombres!

CAPÍTULO VIII

Un grupo de obreros «altanos» trasladó el cuerpo inerte de Yok Tankse hasta la base de la gran esfera metálica en cuyo interior se encontraba el teletransportador «Vick-ZR-9». Acompañábales Carlos Javier, Helly y Ragma.

—Ha llegado el momento de la despedida —dijo el científico «altano»—. Vais a volver a vuestro mundo y todo continuará igual, como si nada hubiese ocurrido.

—Es mejor que todo termine así —declaró Carlos Javier, filosóficamente —. Nadie habrá perdido nada. Esta ha sido la misión más fácil que me han encomendado nunca.

—Yo también me alegro de que todo acabe bien —añadió Helly—. Empezaba a temer que no volvería jamás a mi mundo.

Los obreros depositaron el cuerpo de Yok bajo la escotilla, cuyo rayo de luz les izaría hasta el laboratorio situado dentro de la esfera.

Los dos terrestres estrecharon la mano de Ragma, al estilo y costumbre de su mundo, luego, se situaron junto al inerte Tankse.

Sobre sus cabezas se encendió la fuerte luz «ascensional». En un abrir y cerrar de ojos, los tres se encontraron dentro del laboratorio. Allí no había nadie más que ellos.

Carlos Javier y Helly se miraron fijamente a los ojos.

—¿Sorprendida, Helly?

—No. Debí suponer que no tendrían más remedio que aceptar nuestra postura. Ellos se lo han buscado, después de todo. No ha de ser agradable saberse amenazados siempre por un cataclismo que puede desintegrarles. El general Lehmar ha sido demasiado duro.

—Las razones de Lehmar son complicadas, pero incuestionables. A nuestra raza no se la puede accionar ni agredir, sin esperar nuestra inmediata reacción. Pero dejemos eso ahora. Pronto veremos de nuevo a Lehmar y él nos expondrá sus razones de modo convincente. ¿Dónde han dejado esos científicos nuestros equipos?

—Están allí, junto al «Vick» —contestó Helly.

Se acercaron. Efectivamente, todo estaba convenientemente colocado en tres partes. Desde sus atuendos de vacío, hasta el más insignificante objeto de sus múltiples bolsillos, no faltaba nada. También el equipo de Yok Tankse se encontraba allí.

—Será necesario colocárselo al «zombie» —dijo Helly.

—Sí. Sube a la cabina con tus cosas y vístete. Yo me ocuparé de él.

Helly asintió y ascendió por la rampa que conducía al interior del teletransportador, hasta abrir la compuerta.

Por su parte, Carlos Javier tomó el equipo de Yok Tankse y procedió a

colocárselo al «inerte», como si de un ser vivo y enfermo se tratase. Cuando terminó, procedió a vestirse él también. Estaba terminando de colocarse el casco escafandra, cuando Helly, ya equipada, se le acercó.

—¿Listo, Carlos Javier?

—Sí. Ayúdame a llevar a Yok.

Entre ambos levantaron el cuerpo sin vida y le subieron por la rampa hasta introducirlo en la estrecha cabina del transportador sideral, en donde apenas había sitio para los tres.

Se colocaron en cuclillas, muy juntos, mirándose.

—Te has portado muy bien conmigo, Carlos Javier. ¿Qué ocurrirá cuando estemos de regreso? ¿Crees que nos esperan?

—Sí, Lehmar nos espera. Pero me preocupas, Helly.

—¿Yo te preocupo?

—Sí. Desaparecerás de mi vida. Has logrado realizar una misión. Tu padre se sentirá muy orgulloso de ti, pero no querrá que corras nuevos riesgos.

—Mi vida me pertenece por entero. Creo que servir a la «O.E.» tiene más importancia que la carrera política de mi padre.

—Y puede que no nos volvamos a ver —insistió Carlos Javier.

Ella extendió su enguantada mano y tomó la de él, sonriéndole.

—Si la «O.E.», no me necesita inmediatamente me gustaría ir a pasar unas vacaciones en Madrid ¿Sabes dónde puedo alojarme?

La, sonrisa de Carlos Javier se amplió.

—Poseo un apartamento junto al Lago Grande Es un pequeño paraíso que me he creado. Un amigo profesor de historia, vive conmigo. Pero le enviaré al Sur del Pacífico. ¿Vendrás?

—Sí.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, Carlos Javier.

Diciendo esto, Helly extendió la mano hacia un botón rojo que había sobre un pequeño tablero.

Se estaban mirando intensamente a los ojos. No dejaron de sonreír hasta que se esfumaron súbitamente, desapareciendo el uno a los ojos de la otra, como si un manto invisible les hubiese envuelto...

* * *

Aparecieron juntos en otra cabina, pintada de colores azules, con asientos. Helly estaba ligeramente inclinada a la derecha. Carlos Javier se encontraba de pie.

—Helly.

Ella se volvió a mirarle. Y lo hizo de un modo que no parecía reconocerle.

—¿Quién es usted? —preguntó con voz áspera.

Carlos Javier se estremeció involuntariamente. Intentó fijar su memoria en lo que había ocurrido últimamente y no lo consiguió. Un enorme vacío parecía existir en su mente.

—Sé que te conozco, Helly Saund. Sé que he estado contigo, que he hecho algo en alguna parte. Pero... No logro recordar.

La voz de ella parecía pastosa.

—¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Qué atuendo es éste?

Carlos Javier también se miró las ropas. Llevaba un suéter de hilo, gris perla, muy fino, y unos pantalones listados. En sus pies calzaba sandalias de suela gruesa y flexible.

Por el contrario, Kelly vestía de modo muy parecido a él, pero sus pantalones eran más ajustados, elásticos y moldeaban sus bonitas piernas.

Carlos Javier miró en derredor. Vio la compuerta, completamente cerrada por medio de pasadores que retiraba la rueda central. Yok Tankse no estaba con ellos, pero no lo notó.

—¿De dónde hemos venido? —preguntó Carlos Javier

—¡No lo sé! ¡No sé ni quien soy! ¿Por qué me llama usted Helly Saund? ¡Yo no tengo nombre!

—Algo nos ha ocurrido... ¡Algo inmensamente extraño!

Carlos Javier fue hacia la compuerta y probó girar la rueda a la izquierda, sin lograr descorrer los pasadores. Al hacerlo a la derecha, un chirrido áspero hirió sus oídos.

Detrás de él, Helly se tapó las orejas con las manos, haciendo un gesto de dolor.

—Mi cabeza... ¡parece a punto de estallar!

Carlos Javier logró descorrer los pasadores y empujó la compuerta, la cual cedió fácilmente. La luz que antes penetraba a través de un rectángulo superior, sobre sus cabezas, penetró ahora directamente por la compuerta.

Fuera vio unos árboles, una playa, donde rompían mansamente las olas del mar, sobre la arena fina y limpia, y un horizonte que parecía infinito y grandioso.

Sólo tuvo que cruzar el dintel y se encontró fuera de la cámara. Al hollar sus pies la arena dura y húmeda, contempló el óvulo metálico en donde había estado encerrado. Era un enorme huevo de acero, pintado de azul. Nada más que un huevo. No tenía más que la compuerta y una especie de raro tragaluz en el techo.

Helly también salió, mirando atónita en derredor, hacia el mar, y luego hacia la casita de piedra blanca que se veía entre los árboles.

—¿Qué sitio es éste? —volvió a preguntar—. ¿Cómo se llama usted? ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Cómo hemos venido? ¿Quiénes somos?...

—¡Basta ya de hacer preguntas! Sé que me llamo Carlos Javier Martín y que tú eres Helly Saund... ¡No sé absolutamente nada más!

—Pues ya sabes más que yo... ¡Y no hemos podido nacer aquí, en este mismo momento! ¡De alguna parte habremos venido!

Carlos Javier se esforzó en recordar algo, aunque fuese un leve indicio. No tuvo éxito. Ni siquiera llegó a comprender que era un ser humano, que había nacido de madre y que estudió y aprendió a vivir en un mundo moderno.

—Eso es una casa —dijo Helly—. Vamos a ver lo que encontramos.

Dejaron el óvulo azul y se dirigieron hacia el camino enarenado que conducía al pequeño chalet, enclavado entre las rocas. Hubieron de subir una escalera de piedra. Todo parecía nuevo, recién hecho, pero el silencio era absoluto en derredor. Sólo el suave murmullo de las olas en la playa o el rumor de las hojas de los árboles rompía el hechizo del silencio y la soledad.

Encontraron la puerta, de madera y hierro, artísticamente construida, abierta. Carlos Javier la empujó. Dentro vio un curioso mobiliario de madera y hierro, alfombras, adornos, armarios, sillones de piel... Todo estaba limpio y bien dispuesto.

La casita era más grande de lo que parecía. Tenía dos dormitorios, con blandos lechos, armarios con extrañas ropas que parecían pertenecer a otra época desconocida de ellos. Vieron también una cocina, armarios blancos y metálicos, conteniendo alimentos naturales y conservas, descubrieron dos baños relucientes... ¡Y al abrir un grifo surgió el agua clara y transparente!

De asombro en asombro, la pareja recorrió aquel edificio, hasta detenerse ante la puerta de una salita, en cuyo interior sólo había una mesa... Y sobre ésta un aparato desconocido, provisto de dos bobinas y una cinta plateada que estaba casi totalmente enrollada a una de las bobinas.

Al acercarse, Carlos Javier pudo ver un pulsador y un letrero que decía: «Pulsar aquí».

Quizá, intuyendo que aquel aparato iba a revelarles el misterio de todo cuanto les rodeaba, Carlos Javier acercó la mano para pulsar el botón. Fue entonces cuando su mirada se encontró con la de Helly.

Se detuvo.

—Estoy seguro de que esto va a decimos muchas cesas que ignoramos.

—¿Qué es? —preguntó Helly.

—Una especie de grabadora, cuyo modelo desconozco. Debemos empujar el pulsador y sabremos lo que ignoramos.

—Aguarda —musitó Helly, como temerosa de oír algo que podía hacerle más daño que la ignorancia en la que estaba sumida—. Tengo miedo a saber la verdad.

—¿Miedo?

—Se trata de un vago presentimiento. No sé cómo definirlo. Mientras he estado viendo esta casa, el instinto me advierte que hay algo más detrás del silencio y la soledad. Me he analizado. Sé que vivo, sé que pienso y sé que no recuerdo. Como ser humano, he debido tener un origen, hemos venido de otra parte. Estamos aquí por designio de algo incomprensible para nosotros. Y temo que el conocer esta verdad sea más penosa que la ignorancia.

—¡Pero no podemos hacer nada, sino sabemos lo que estamos haciendo aquí! Ni siquiera sabemos qué lugar es este, por quién ha sido preparado y cuál es nuestra finalidad aquí.

—¿Crees, en verdad, que necesitamos saberlo?

—Sí, lo creo.

—Escucha. Tú sabes más que yo. Conoces tu nombre y el mío, pero no puedes explicar lo que nos ha ocurrido. Pienso que algo, por encima de nosotros, nos ha hecho llegar aquí. Algo hemos debido hacer. Sigo creyendo que no hemos podido nacer dentro de esa cámara azul, a la orilla del mar. Sería tanto como admitir que hemos nacido así y yo presiento que he nacido en otra parte, que conozco otros lugares y he visto más gentes... ¡Tengo mucho miedo!

»Si penes en marcha ese aparato y nos enteramos de la verdad, quizás no podamos adaptarnos a este ambiente. Quizás ya no sepamos vivir en esta soledad.

—Dices cosas muy extrañas, Helly. Yo también presiento algo más, que una fuerza extraña me obliga a ignorar —musitó Carlos Javier—, Ha sido como si estuviésemos dormidos durante mucho tiempo y, de pronto, nos hubiésemos despertado aquí.

»Eso debe ser cierto. Algo nos mueve, y ese algo nos ha dejado esta grabación para que sepamos cuál es nuestro fin. Sea bueno o malo, hemos de conocerlo.

Helly no replicó, de momento, mirándole con ojos suplicantes.

—Presiento que tú y yo hemos estado juntos en otra parte, Helly. Que tú y yo hemos hecho algo, tal vez terrible o malo, y estamos aquí como consecuencias de ello.

—¡Nadie nos obliga a saber la verdad! ¡No quiero saberla! ¡Tengo miedo!

Carlos Javier no podía sospechar que el instinto femenino tenía una profundidad tan notable. Desoyó las palabras de ella y su dedo índice se acercó al pulsador, presionándolo...

* * *

Las dos bobinas se pusieron en movimiento. A los pocos segundos, una voz grave inundó la estancia, surgiendo del interior de la máquina grabadora.

—Mi nombre es Ragma. Sé que nada os va a decir un nombre, si no os explico cuál es su significado. Os estoy hablando en vuestro propio lenguaje. En el mío, Ragma significa hermano de la ciencia que investiga los espacios y capta las lenguas de las razas primitivas. Es una ideograma. Nosotros no hablamos, sino que expresamos ideas que captan nuestros semejantes.

»Con vosotros no tengo más remedio que expresarme en lengua «grife», que es una mezcla de antiguos lenguajes de un mundo llamado La Tierra. Allí, en ese planeta, nacisteis vosotros, ahora hace varios millones de años.

«No, no sois tan viejos. Habéis estado en estado de hibernación, sujetos al compás de un reloj de tiempo. Yo, personalmente, os recogí del espacio, donde estabais disgregados, y os coloqué en la nave sideral que os llevará hacia un mundo totalmente distinto al mío, y parecido al vuestro.

«Nosotros, los hijos de Altan, no podíamos viajar en el tiempo tan aprisa como vosotros. Jamás quisimos conocer los misterios de la teleportación universal. Sabíamos que se trataba de un medio tan beneficioso como

perjudicial, y la historia nos lo ha demostrado. Nosotros investigamos todo aquello que era útil, absolutamente útil, a nuestra raza. Pero aquello que podía dañarnos e impedimos conseguir las altas cimas a las que estábamos destinados, teníamos forzosamente que rechazarlo.

«Rechazamos la investigación de la teleportación. No era útil.

«Sin embargo, en nuestros mundos mandaban un reducido grupo de seres, los gobernantes del Grupo Uno, que quisieron eliminamos, porque creyeron que les habíamos hecho traición.

«Ocurrió que vosotros llegasteis hasta nuestros mundos. Erais seres primitivos, pero ello, no obstante, no os impidió alcanzar distancias que nosotros no quisimos alcanzar.

«Fuimos obligados por vosotros a rectificar sentencias del Grupo gobernante. Se os había condenado a ser destruidos, como representantes de un mundo inferior que amenazaba con aniquilamos. Y así hubiese sido, de no doblegamos.

«El Grupo Uno jamás nos perdonó aquello. Quince mil millones de científicos debían ser sacrificados, como traidores. Los guardianes de Altan tenían que eliminarnos. Se les dio esa orden.

»De este modo estalló la única guerra que han sostenido los altanas entre sí. Obreros, gobernantes y guardianes se unieron contra nosotros y nos causaron mucho daño. No tuvimos más remedio que refugiamos en el único mundo en donde ellos no se atrevían a penetrar.

Altan» fue nuestro último refugio. Habíamos perdido infinidad de científicos en la lucha más fratricida de nuestra historia. Pero aún quedábamos los suficientes para intentar el salto al infinito.

»Fue así como os encontramos, suspendidos en la ingravidez, disgregados y latentes. No habíais podido llegar a vuestro destino por falta de energía. Estudiamos las causas y comprendimos que una pérdida de la energía acumulada fue la razón del fallo.

»No podíamos, en aquellos instantes, buscar el modo de recuperaros. Éramos hostigados continuamente por ataques de nuestros enemigos, que se proponían eliminamos, sin eliminar el planeta en que vivíamos, por causa de un reactor multidimensional en cadena que hubiese acabado con nosotros y con ellos.

«Nuestro propósito, si no queríamos desaparecer y hacer desaparecer también la ciencia acumulada por nuestra raza y que se encontraba enteramente en nuestro poder, era defendernos, rehacernos, recuperamos y lograr combatir hasta la victoria.

«Para ello, necesitábamos tiempo. El número de nuestros enemigos era superior a nosotros. Fue una gran suerte que la notoria injusticia del Grupo Uno nos unió completamente a todos los científicos. Con uno solo que hubiese desertado de nuestras filas, la ciencia que poseíamos habría pasado a sus manos.

»El tiempo teníamos que emplearlo en la fabricación de soldados más

audaces que ellos. Necesitábamos científicos más agudos. Formamos una junta de defensa y trazamos los planes de la supervivencia.

«Durante dos mil años estuvimos creando «altanos» para la guerra. Nos extendimos a otros mundos, todavía sin poblar, y creamos nuestras bases secretas. Allí nos hicimos fuertes. Creamos, en primer lugar, refugios contra las antiguas armas de nuestros antiguos hermanos. Ellos no pudieron reponer los hombres que perdían ni las armas que destruíamos. No sabían más que destruir, pero no crear.

»Entre los muchos descubrimientos que hicimos, uno muy importante, el «visor del tiempo», nos permitió saber lo que iba a ocurrir. Supimos así que nuestros enemigos serían vencidos... ¡Pero también supimos que las legiones terrestres llegarían hasta nosotros y nos destruirían a su vez!

»No cabía error posible. Podíamos «ver» el futuro, pero no evitarlo. Entonces fue cuando pudimos recogeros del espacio, donde estabais flotando desde hacía siglos. No quisimos haceros recobrar la conciencia, porque el choque habría sido muy fuerte para vosotros. Era necesario enviaros a otro mundo, similar al que habíais perdido y al que ya no podíais regresar, por el gran salto efectuado en el tiempo, para que pudierais continuar vuestra existencia.

»Nuestra situación había cambiado ya. Nuestra junta de defensa se había convertido en Comisión de Gobierno. Entre todos tomamos la decisión de buscar un mundo nuevo para vosotros.

»Después de mucho deliberar, nos decidimos por un planeta de similares características al que había sido vuestro mundo de origen. Lo elegimos, sin embargo, en otro universo-isla, a millones de siglos-luz de distancia en tiempo y espacio.

«Tenemos la seguridad que un relato de nuestras desventuras y las de vuestra raza, la más belicosa de todas, os haría recapacitar de suerte que inculquéis siempre a vuestros descendientes el sentido de la paz y la justicia.

«Cuando se empieza una raza, esas virtudes pueden transmitirse. Pero si se ha nacido en un tipo de herencia, nadie es capaz de cambiarlo. Necesitaréis mucha fuerza de voluntad para ambientaros y manteneros en la dirección que nosotros sabemos es la buena.

«Ésta es la causa de que hayamos borrado de vuestras mentes la historia de vuestros antepasados. No fueron siempre justos. Y vosotros debéis serlo.

«Aún pasarán muchos siglos hasta que el reloj inmutable que os hemos colocado en la nave en que viajaréis, de su última vuelta y, con ello, ponga, en funcionamiento los dispositivos que os depositarán a la orilla de ese fecundo mar que será vuestro único horizonte durante vuestra vida.

«Todo está previsto. Caeréis hacia la orilla. Luego, os despertaréis sin memoria. Saldréis de vuestro encierro y encontraréis los vegetales necesarios para vuestra existencia. Los animales os harán compañía y os servirán de alimentos. Ellos se reproducirán más aprisa que vosotros. El mar tiene peces. Podéis comer vosotros y vuestros hijos, y, a medida que os sea necesario, el

mar se irá retirando y os dejará tierra firme para levantar vuestras ciudades.

«¡Ah, y os visitarán los seres de otras épocas y universos! Llegarán a vosotros, procedentes del pasado. Podréis verlos y hablarles, pero en nada modificarán vuestro futuro, porque el pasado jamás modificará el avenir.

»Ese será vuestro nuevo mundo... Su nombre es Paz y vosotros seréis pacíficos...

La voz de Ragma se apagó.

EPILOGO

En la isla habían crecido las viviendas. Los hijos de Helly y Carlos Javier se hicieron mayores. Eran veintiocho, diecinueve hembras y once varones, algunos de la misma edad. Los dos mayores, Pal y Disa, por orden de sus padres, tuvieron un hijo, que se les murió. Ya no intentaron tener más hijos.

Esta inquietud había atormentado a Carlos Javier durante años. ¿Cómo se iban a reproducir sus hijos si no podían procrear entre sí? Y Helly participaba de la misma angustia, aunque habían decidido que fuese Dios quien solucionase el problema, si es que el Sumo Hacedor todavía se acordaba de los seres creados por Él en aquel otro mundo ya, posiblemente, desaparecido.

Helly y Carlos hablaban con frecuencia de sus inquietudes espirituales, porque no tenían otras en aquella isla paradisíaca donde nada les faltaba.

— Bik me ha preguntado hoy quiénes eran nuestros padres —dijo una noche Helly a su esposo, acariciándole el hombro desnudo, sobre el blando lecho que compartían.

—¿Qué le has dicho?

—La verdad. No sé quiénes fueron nuestros padres. Le he dicho que un día aparecimos aquí, sin saber exactamente de dónde veníamos.

—Bik ya va siendo mayor. ¿Crees que comprenderá si escucha a Ragma?

—No lo sé... A mí todos me parecen muy pequeños.

—Las inquietudes de Bik no me preocupan. En cambio, Disa me tiene alarmado. Ha adelgazado mucho y parece enferma.

Disa era la hija mayor. Desde que perdió a su hijo nonato vagaba como distraída entre sus hermanos. Cuando ayudaba a construir la vivienda de Merk, sufrió un desmayo, y no por exceso de trabajo, cosa que alarmó mucho a todos.

Por fortuna, se repuso algo,, después de permanecer algún tiempo en el lecho, pero no se recobró del todo. Parecía que el organismo de Disa estaba minado.

—Presiento que ocurrirá algo, Carlos Javier —dijo aquella noche Helly—. Nuestro destino no puede quedar truncado aquí. Nosotros hemos cumplido.

—¡Pero los hijos entre hermanos degeneran la raza, Helly! Es una ley natural. Va en nuestra sangre. Y nuestros nietos no nacerán jamás.

—¿Qué podemos hacer?

—Esperar. Ragma debió tener en cuenta este problema.

—¿Esperar qué? También nos dijo que nos visitarían individuos del pasado, pero que no podrían modificar nuestro futuro.

—Con que modifiquen nuestro presente, me basta —respondió Carlos Javier.

Así las cosas, un día que Disa estaba sentada junto a las piedras del manantial, contemplando caer el agua que surgía entre las rocas, para ir a

perderse entre las piedras que lo conducían al mar, tuvo un sobresalto al escuchar un ruido tras ella.

Creyendo que se trataba de alguno de sus hermanos, se volvió... ¡Y su sorpresa fue enorme al ver a un hombre de ojos claros y tez morena que le estaba mirando entre los matorrales!

Disa, hija de Helly y Carlos Javier, se puso en pie, exclamando:

—¿Quién eres? ¿De dónde has venido?

El hombre, joven al parecer, retrocedió, visiblemente aturdido. Disa fue hacia él... ¡Y su sorpresa aumentó al verle esfumarse en el aire, desapareciendo como si fuese una voluta de humo!

Atónita, Disa corrió hacia el prado donde trabajaban su padre y sus hermanos, labrando la tierra que luego germinaría y se convertiría en trigo.

—¡Padre, padre! ¡He visto a un ser extraño!

Carlos Javier creyó que su hija mayor desvariaba. Dejó el trabajo, abrazando a Disa, y la acompañó hasta el manantial, para convencerse de que nadie había en la isla que tan bien conocía.

En un par de semanas, Carlos Javier era capaz de recorrer toda la superficie de su isla paradisíaca. Jamás había visto otras huellas que las de los animales que cazaba o las suyas o de sus hijos.

Sin embargo, en esta ocasión, sobre la húmeda tierra, descubrió las improntas de unos pies calzados.

—¿Es posible? —se asombró Carlos Javier-—. ¿Cómo era ese individuo?

Disa describió al aparecido con todo lujo de detalles. Carlos Javier fue entonces y habló con Helly, diciéndole, a solas:

—Disa ha podido ver a un ser humano. Quizá la profecía de Ragma esté a punto de cumplirse. ¿Qué sucederá ahora?

— Que suceda cuanto antes, Carlos Javier. No puedo seguir viviendo en la incertidumbre De no saber qué será de nuestra descendencia.

La siguiente aparición en Paz fue menos volátil.

Carlos Javier estaba una tarde sentado en la terraza de su casa, frente al mar. De pronto, alguien se materializó a escasa distancia. Al ver al individuo, Carlos Javier sufrió un estremecimiento. Por el aspecto era el mismo sujeto que describió su hija Disa,

Se levantó y exclamó:

—¿De dónde vienes, hijo?

El individuo esbozó una sonrisa y pronunció, con torpe lengua:

—Vengo del laboratorio de investigaciones ultra-físicas de Karth... Perdone, sé que usted y yo tenemos algo en común. Me he documentado todo lo que he podido en la antigua lengua «grife». Por eso he tardado algún tiempo en volver.

»Mi nombre es Walt Endrigson.

Carlos Javier se acercó al hombre, mirándole por todos lados, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

—¿Dónde está Karth?

—Es un mundo del futuro, situado sólo Dios sabe dónde. Creo que he viajado en el tiempo durante muchos millones de siglos luz. Soy profesor de investigación del tiempo... Quisiera documentación acerca de ustedes, para constatar nuestros descubrimientos,

—¿Viajan ustedes en el tiempo?

—Sí. He venido en varias ocasiones y les he escuchado. He grabado sus conversaciones, sin que me vean, y así hemos podido constatar que su lengua fue hablada en nuestro mundo hace muchos siglos.

—Creo que está usted en un error, amigo mío —replicó Carlos Javier—, No se encuentra en el pasado, sino en el futuro. Nosotros hemos permanecido en suspensión metafísica durante un tiempo incalculable. Se nos dijo que los hombres del pasado vendrían a nosotros, cuando hubiesen descubierto el modo de trasladarse en el tiempo.

Walt Endrigson apenas podía seguir el curso de las palabras de Carlos Javier. Aquel lenguaje era nuevo para él. Lo había estudiado casi a marchas forzadas para poder regresar a Paz y conversar con su escaso número de habitantes.

—¿Quiere usted decir que yo vengo del pasado y no del futuro? —preguntó, desconcertado.

—Estoy seguro. Aunque en la época que a mí me tocó vivir no existía el «visor del futuro», ya que se descubrió después de nosotros estar en suspensión metafísica, después han transcurrido muchos millones de siglos.

»Hábleme de su planeta de origen. Sospecho que debe ser el mismo en el que nací yo y Helly.

Walt Endrigson fue invitado a penetrar en la casa. Acudieron todos los hijos, incluyendo a Bik, el más pequeño, y durante varios días estuvieron conversando todos.

Pronto supieron que Karth era La Tierra, que estaban en el año 5.311 y que los «altanos» habían sido destruidos por las legiones teleportadas a sus mundos. Aquello era historia.

—Los «altanos» debieron ser seres muy avanzados. Gracias a ellos hemos logrado perfeccionar nuestra máquina del tiempo. Recogimos documentos de sus laboratorios que nos daban datos del «visor del futuro». Al principio no se logró realizar y fue abandonando su estudio. Luego, mi abuelo y otro equipo, sacaron las primeras investigaciones de su archivo y siguieron trabajando, hasta conseguir resultados alentadores, que nosotros hemos ultimado con éxito.

»Sin embargo, debe existir algún error notable, porque nuestros cálculos indicaban que estábamos viajando en el pasado. Y así lo creímos al verles a usted y escuchar su lengua. El «grife» ya no se habla en nuestro sistema.

—La razón es cómo se la he dicho, amigo mío —expuso Carlos Javier—. Deseo que oiga usted la grabación de Ragma y juzgue por lo que oiga..

Walt Endrigson escuchó la voz perdida en el tiempo y tomó cuidadosa

nota de todo, para cuando regresara a su laboratorio. Quiso escuchar varias veces aquellas palabras que significaban un auténtico tesoro histórico, aunque ahora se encontrase en un mundo completamente primitivo y extraño.

También Helly quiso que Walt Endrigson les, hiciera un importante favor, para lo cual le llevó aparte y le habló del acuciante problema que tenia con sus hijos.

Walt, extrañamente cohibido, prometió acercarse a Disa e intentar con ella lo que tanto le azoraba. Una vez lo hubo realizado, el viajero del tiempo se apresuró a regresar a su mundo y tiempo.

* * *

La siguiente vez que volvió, Walt no lo hizo solo. Le acompañaba un hombre de edad madura, grave y observador, que saludó a Carlos Javier y a su familia y aceptó la hospitalidad que le brindaron.

Walt, que había visto ya el embarazo de Disa, presentó a su acompañante y luego se fue con la muchacha a la orilla del mar.

—Es el profesor Orrydar, jefe del laboratorio de investigaciones ultrafísicas de Karth... Fue íntimo amigo de mi abuelo.

Orrydar, en efecto, tenía ciento treinta y nueve años y gozaba de sus plenas facultades. Inmediatamente, tomó asiento en el salón de la casita de Carlos Javier. Había traído unas placas metálicas, las cuales parecía consultar de vez en cuando, con ayuda de un pequeño objeto luminoso, cuyo foco hurgaba las pequeñísimas ranuras de las placas.

—Su caso es desconcertante, señor Carlos Javier Martín, ex capitán de las fuerzas especiales de la antigua agencia «O.E.». Todo esto y mucho más hemos podido averiguar acerca de usted y su esposa. Tengo aquí todo su historial, hasta fue enviado a una delicada misión a Altan, allá por el año 2700. ¿Le recuerda algo esa fecha?

Carlos Javier denegó con la cabeza.

—Usted era agente de información sideral. Un excelente agente. Entonces mandaba la agencia el general Lehmar, muerto veintidós años más tarde en la guerra contra los «suiras».

»Un endiablado caso el suyo. Lo hemos desentrañado del viejo archivo retirado del antiguo Sistema Político Solar, cuya Junta de Gobierno fue sustituida por el Computador «FG-125».

»Ha cambiado tanto la Tierra desde entonces que no se adaptaría usted a vivir en aquella atmósfera enrarecida y artificial. Tampoco podría vivir en las profundidades submarinas, ni en las estaciones orbitales de ahora, rodeado absolutamente de magnetismo.

Carlos Javier escuchaba sin comprender. Él sabía que no podía regresar a su mundo. Tampoco lo deseaba. Se maravillaba, no obstante, de todo cuanto Orrydar le estaba explicando.

—Sin embargo, usted nos crea un fabuloso problema, señor Martín. No es de nuestro mundo... ¡Es de un mundo tan distante al nuestro, que con cifras es

imposible calcular la distancia que nos separa! Y he ahí el quid de la importante cuestión. ¿Es usted capaz de demostramos que nos encontramos en el futuro?

—No, ya he pensado en eso. Sólo tengo la prueba dejada por Ragma. Pero no estoy seguro de que sea todo cierto. Según se deduce de lo que grabó el sabio «altano», Helly y yo hemos permanecido en suspensión metafísica muchos millones de años. Estamos en el futuro, con respecto a ustedes, es decir, por delante en el tiempo. Eso lo dijo Ragma. Ustedes debían venir del pasado, ¡puesto que no pueden modificar el futuro, y, al parecer eso están haciendo, de lo contrario mi estirpe no podría perpetuarse!

»¿Qué es lo que pudo fallar? ¿Ragma? ¿El mecanismo que nos mantuvo en suspensión hasta depositarnos en esta isla? Eso no se lo puedo decir yo. Si me han identificado como procedente del pasado de ustedes...

—Le hemos identificado sin lugar a dudas, a usted y a Helly Saund, que era hija de Gregg Sunda, el que fue Secretario General de la Junta de Gobierno del Sistema Político Solar.

Carlos Javier se hizo explicar todo aquello con detalle. El señor estuvo muchas horas explicándoles todo cuanto había sacado de los archivos de Karth. Así, su propia historia les fue contada hasta el momento en que el general Lehmar les envió a Altan.

—Con ustedes iba el coronel Yok Tankse, del que jamás se ha vuelto a saber nada. En los archivos no hay dato alguno referente a lo que sucedió en Altan. ¿No recuerdan nada de ello?

No, Carlos Javier era incapaz de recordar lo que sucedió en Altan. Tampoco recordaba a Yok Tankse. A Helly le ocurría lo mismo. Existía un vacío de tiempo en sus mentes.

—Quisiéramos poder «visitar» el pasado. Así veríamos lo que aconteció en Altan. No lo hemos conseguido aún. Pero estamos seguros de que la máquina del tiempo también nos puede llevar atrás, hacia el origen de los mundos.

—Nada se origina de la nada en el universo —dijo Carlos Javier, pensativamente.

—Cierto —admitió Orrydar—. Todo obedece a leyes de continua transformación. Desaparece un mundo y sus pobladores, antes de extinguirse con el planeta que los convirtió en raza, emigran a otros mundos. A veces se extinguen razas enteras, pero otras siguen adelante, extendiéndose por los universos infinitos.. No hay límite en nada, ni nada desaparece; todo se transforma. Nosotros no seremos igual que ahora dentro de billones de años, si es que llegamos a tanto. Ni nadie será capaz de recordar quiénes fueron nuestros antepasados. Cuando el tiempo es considerablemente grande entre una época u otra, ya no importa lo que pudo haber ocurrido. La historia también siempre es la misma, con escasas diferencias.

—¿No puedo volver con usted?

—No. Eso es imposible. En realidad, es nuestro avanzado estado síquico

el que nos permite saltar en el tiempo-espacio. Estamos aquí, material y corpóreamente, por lo tanto podemos dejar nuestra huella y nuestra obra. Pero ustedes no disponen de máquina inversora para regresar a nuestra época, como nosotros.

»El sistema es de ida y vuelta. Ajustamos una medida de tiempo a la máquina. Sólo ese tiempo podemos estar aquí. Aún en contra de nuestra voluntad, transcurrido ese tiempo, regresamos automáticamente... Somos reintegrados. ¿Comprenden?

—Sí. Y eso me hace pensar en que la raza que estoy creando va a verse influenciada por sus visitas.

—Puede ser, amigo mío —admitió Orrydar—. Podemos facilitarles instrucción. Con los medios de que disponen aquí, podrían tener muchas más cosas y comodidades...

—¡No, no las quiero! —gritó Carlos Javier, poniéndose en pie y situándose al lado de su esposa—. ¡No deseamos interferencias de ustedes ni queremos que nos vengan a visitar! ¡Deseo que mi descendencia sea auténticamente mía!

—Eso no puede ser —declaró Orrydar, tristemente—. Ustedes nos necesitan, de lo contrario desaparecerían a la siguiente generación. Eso es ley natural. Y quizá la causa de que esto sea así fuese descubierta por el sabio «altano» que les envió aquí a su debido tiempo, para que nosotros pudiéramos llegar en el momento oportuno y salvar su descendencia.

—Ragma era muy sabio.

—Más a mi favor. Él debió calcular el tiempo que íbamos a tardar nosotros en poder ayudarles. Él debió verlo en su «visor del futuro». Por eso dispuso las cosas de ese modo. Ellos sí que no podían ayudarles en nada.

«Ahora bien —continuó diciendo Orrydar, sensatamente—. Hemos pensado y analizado su caso y tiene usted razón en lo que dice. Si su raza se mezcla confusamente con la nuestra, que es la misma como parece haber quedado demostrado, su herencia directa se perderá, y sus nietos serán hijos de los actuales terrícolas. Esto no es muy grave, después de todo. Acelerará su progreso, aunque no su crecimiento, a menos que sean ustedes muy fértiles...

—No queremos crecer demasiado aprisa —intervino Helly—. Tampoco sabemos cuál será longevidad, ni nos interesa saberlo. Opino como mi esposo. No deberían ustedes visitamos más, ni traernos la herencia de una raza belicosa y conquistadora.

«Confiamos en que Disa tenga un hijo... Sólo uno, ¿me entiende? Usted debe comprender lo que eso significa para nosotros. La sangre no ha de ser la misma que la de nuestros demás hijos. Podrá mezclarse. Aclimataremos nuestros organismos al ambiente, saldremos adelante y el resto lo hará la naturaleza.

—Comprendo. No quieren ustedes ser como hemos sido nosotros.

—Lo somos —admitió Carlos Javier—. Ahora estoy más convencido que nunca. Pero no deseo, bajo ningún concepto, que mis descendientes sean

como yo. Mis nietos jamás lucharán entre sí, jamás sentirán el odio ni la envidia, y de las ramas en que se extenderá mi descendencia, ninguna ha de odiar a los demás seres del Universo.

Orrydar se quedó pensativo, mirando a las dos personas que muchos siglos atrás habían pertenecido a la agencia de información que más guerras había encendido en el cosmos. Carlos Javier y Helly parecían tener irnos cuarenta años. Eran jóvenes, por lo tanto, ¡pero la experiencia de siglos yacía en sus mentes!

—Quisiera ayudarles, créanme. Y puedo hacerlo del modo siguiente: informaré y no hablaré de la existencia de ustedes. Diré que el experimento ha fracasado, por ejemplo. Walt podría contravenir las leyes y quedarse aquí con ustedes. Le necesitan.

—¡Oh, sería maravilloso! ¿Podrá ser, señor Orrydar?

El hombre sonrió.

—Todo es posible. Y hasta yo vendré alguna vez, de incógnito, a ver cómo se desarrollan ustedes. Me apasiona esta experiencia. Creo, mejor dicho, estoy seguro que formarán ustedes una raza digna de admiración. Y cuando sus descendientes sean tan numerosos como las estrellas, la humanidad se habrá salvado.

Carlos Javier también soñaba con que sus descendientes fuese miles de millones, que el mundo habitado por ellos fuese fértil, que no conociera el mal ni la opresión. Él podía hacerlo, ¡debía hacerlo, puesto que sus hijos no conocerían otras costumbres que las que él les impusiera!

—De acuerdo, señor Orrydar. Así lo haré. Gracias por su ayuda. Siempre que venga por aquí, será bien recibido. Todos serán bien recibidos, porque los hombres del pasado no pueden hacernos daño. Walt será un hijo más y los pacíficos se perpetuarán por toda la eternidad.

Cuando Orrydar se fue, Carlos Javier abrazó a Helly y luego se asomó a una ventana, a contemplar el mar.

—No debemos inquietarnos, querida. Ahora, todo está bien... Pero creo que fuimos muy malos espías siderales.

— Sí, eso mismo creo yo... ¡Me gustaría tanto que Disa tuviese una niña!

Su suerte fue mucho mayor. Disa tuvo trillizos... ¡Tres hermosas niñas, que habrían de ser madres de tres fuertes ramas de la familia!

La Paz tendría continuidad.

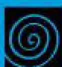
F I N

BOLSILIBROS TORAY

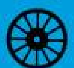
OESTE



ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.



HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.



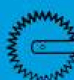
RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.

6
TIROS

SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

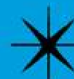
HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espias.
9 ptas. Publicación quincenal.



Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crimenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

